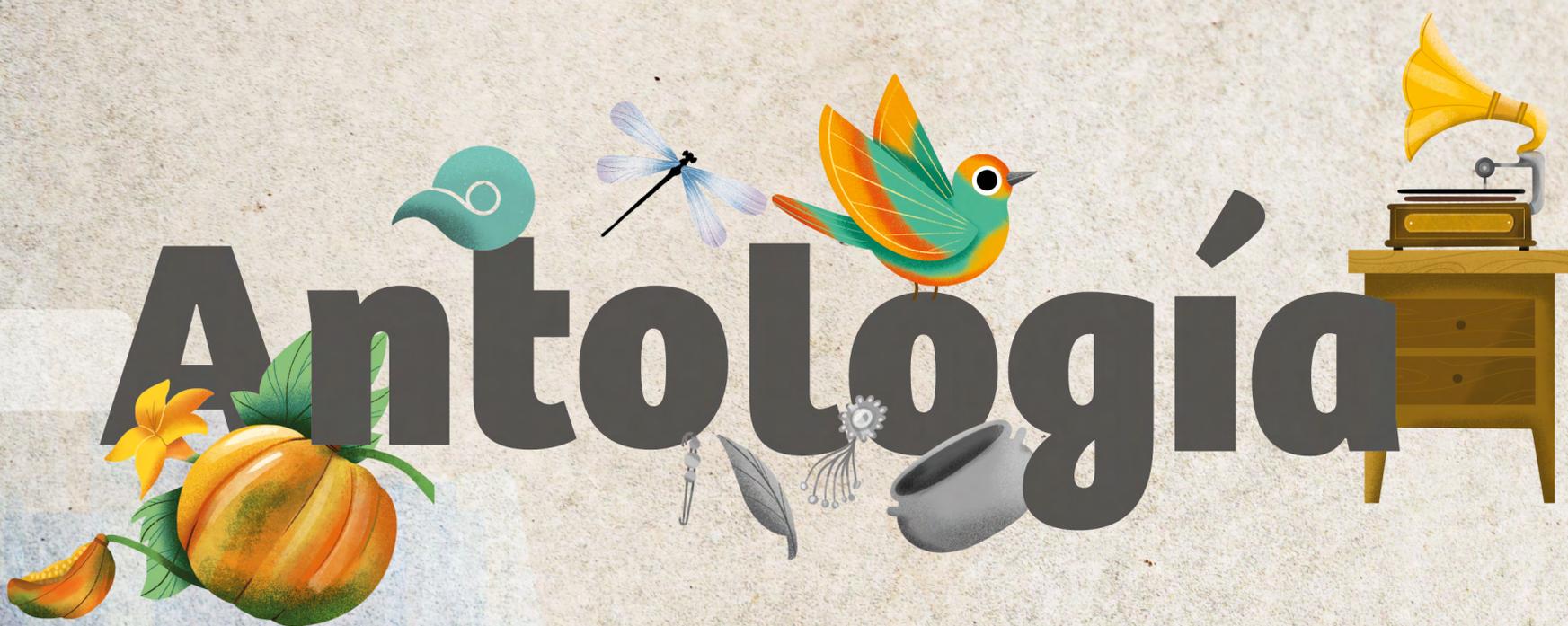


II Concurso Nacional de Microcuentos

“ Mi alma no tiene color, una vida libre de racismo ”



Colección: Concurso Nacional
de Microcuentos contra el racismo. N°: 2

Antología del II Concurso Nacional de Microcuentos contra el Racismo “Mi alma no tiene color, una vida libre de racismo”

© 2024 Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento /
Banco Mundial
1818 H Street NW
Washington DC 20433
Teléfono: 202-473-1000
Internet: www.worldbank.org

Este trabajo ha sido producido por el personal del Banco Mundial con contribuciones externas. Los hallazgos, interpretaciones y conclusiones expresadas en este trabajo no son necesariamente reflejo de la opinión del Banco Mundial, su Directorio Ejecutivo o los gobiernos que representa.

El Banco Mundial no garantiza la exactitud, integralidad o vigencia de los datos incluidos en este trabajo y no asume responsabilidad por ningún error, omisión o discrepancia en la información, ni obligación con respecto al uso o a la falta de uso de la información, los métodos, los procesos o las conclusiones presentadas. Las fronteras, los colores, las denominaciones y otra información que aparecen en cualquiera de los mapas de este trabajo no implican juicio alguno, por parte del Banco Mundial, sobre la condición jurídica de ninguno de los territorios, ni la aprobación o aceptación de tales fronteras.

Nada de lo establecido en el presente documento constituirá o se interpretará o considerará una limitación o renuncia a los privilegios e inmunidades del Banco Mundial, los cuales quedan específicamente reservados en su totalidad.

Derechos y permisos

El material contenido en este trabajo está sujeto a derechos de autor. Dado que el Banco Mundial fomenta la difusión de conocimiento, este trabajo puede ser reproducido, en su totalidad o en parte, con fines no comerciales, siempre que se otorgue la atribución completa a este trabajo.

Cualquier consulta sobre derechos y licencias, incluidos los derechos subsidiarios, deberá ser dirigida a: *World Bank Publications, The World Bank Group, 1818 H Street NW, Washington, DC 20433, EE. UU.* Fax: 202-522-2625. Correo electrónico: pubrights@worldbank.org.

Los autores individuales listados poseen los derechos de autor de sus obras

© Alejandro Numbela Rodríguez, Rebeca Borda Hurtado, Emilia Villarreal Rosquellas, Sandra Daniela Arias Mollisaca, Alessandra Mendez Parada, Alicia Hurtado Rivera, Ramiro Araoz de la Torre, Henry Cucho Quispe, Fernando Fabian Salinas Miranda, Gustavo Francisco Espada Vargas, Oriana de Alencar Villarroel, Fadrique Iglesias Mendizábal, Sergio Velasco García, Helga Machado Veizaga, Silvio Fabricio Callapa Ramirez, Álvaro Manuel Montoya Ortega.

Edición: Rodrigo Urquiola Flores

Primera edición

© Portada e ilustraciones: Adriana García Herbas
© Diagramación y diseño: María Alejandra Cornejo

Depósito Legal: 4-1-868-2024
ISBN: 978-9917-9937-2-8

Impreso en Bolivia
Marzo de 2024

Antología

II Concurso Nacional de Microcuentos

“ Mi alma no tiene color,
una vida libre de racismo”

Prólogo

El racismo es una barrera estructural -unas veces evidente y otras, invisible pero dolorosa- para eliminar la pobreza y lograr un desarrollo plenamente inclusivo. El Banco Mundial así lo percibe y emprende acciones globales para luchar contra este flagelo, tanto al interior de la institución como en los programas y proyectos que apoya en los países miembros. Una de estas acciones es el Concurso Nacional de Microcuentos, realizado en dos versiones en 2021 y 2023 en Bolivia.

La participación de más de 1600 escritores de municipios rurales y urbanos de los nueve departamentos del país en las dos ediciones del certamen es alentadora. Cada historia representa una persona reflexionando sobre el racismo y miles de lectores catalizando una conversación colectiva sobre esta problemática.

En esta publicación antológica presentamos los microcuentos que fueron elegidos finalistas durante la evaluación del concurso en 2023. Son 16 obras literarias que reflejan vivencias reales o historias ficticias basadas en la dura e innegable realidad que enfrentan miles de personas en espacios públicos y privados en Bolivia y en el mundo.

Agradecemos al jurado calificador de esta versión, conformado por los destacados escritores bolivianos Liliana Colanzi, Mauricio Murillo y Rodrigo Urquiola, quienes han realizado un trabajo excepcional que aportó calidad y transparencia a la competencia. Esperamos que esta publicación, que hace visible el talento de los escritores bolivianos, jóvenes y adultos, de todas partes del país, transmita al lector la energía necesaria para ser parte activa de la lucha contra el racismo.

*Camille Nuamah
Representante Residente del Banco Mundial en Bolivia*

Presentación

Bolivia, a pesar de haber conseguido numerosos avances sociales en comparación a otras épocas de su historia, no ha podido liberarse todavía de uno los peores males que la aquejan y condicionan su desarrollo prácticamente desde su fundación: el racismo. Las estructuras de poder que sostienen este mal son tan poderosas que han permitido que –a veces de manera sutil, a veces a los gritos– se introduzca en la vida cotidiana de las personas y hasta se naturalice en las diversas relaciones entre individuos en los más diversos ámbitos o lugares geográficos.

Por esa razón es urgente reflexionar en torno al asunto. Es importante hacer que esa reflexión trascienda el pensamiento y transforme la actitud. Una gran manera de poner, ante la hoja en blanco, allí donde las personas pueden escribir sus sentimientos, estos pensamientos e intentos de transformación, es el concurso de cuentos contra el racismo, que ya en su segunda versión, auspicia el Banco Mundial.

El II Concurso Nacional de Microcuentos “Mi alma no tiene color, una vida libre de racismo” ha conseguido rescatar nuevas voces capaces de reflexionar, gracias al ejercicio literario, en torno a este problema. La convocatoria –dividida en tres categorías, A (para jóvenes entre 13 y 17 años), B (para personas entre 18 a 23 años) y C (para personas de 24 años en adelante)– consiguió una participación de 632 propuestas de diferentes ciudades de Bolivia. El jurado calificador seleccionó a 9 cuentos ganadores además de 7 finalistas que se destacaron en el certamen. Estos son los relatos que conforman este libro.

Resultaron ganadores de la categoría A los cuentos *Todavía somos de bronce*, de Alejandro Numbela Rodríguez (Cochabamba); *Manchas*, de Rebeca Borda Hurtado (Santa Cruz de la Sierra), y *¿Y qué pasa con ellos?*, de Emilia Villarreal Rosquellas (La Paz).

En la categoría B, obtuvieron el premio los cuentos Los sin tierra, de Alicia Hurtado Rivera (Santa Cruz de la Sierra); ¿Han visto a mi hijo?, de Ramiro Araoz de la Torre (Oruro), y La piel que no quise, de Henry Cucho Quispe (El Alto).

Finalmente, los ganadores de la categoría C fueron los cuentos Itagué Dosape, ayoré, de Oriana de Alencar Villarroel (La Paz); Con lo que tiene, no le da, de Fadrique Iglesias Mendizábal (Tiquipaya), y Aurelia, de Sergio Velasco García (Cochabamba).

Son relatos en los que se habla del racismo a partir de la rabia o la impotencia de quien lo sufre, o utilizando la voz de la ternura o la duda sobre lo injusto, historias que también cuentan que en el Oriente boliviano este mal nacional está insoportablemente vivo, cuentos evocativos que hablan de la tristeza o que, valiéndose de la competencia deportiva, hablan de las desventajas que están afincadas en la cabeza.

El jurado del concurso –conformado por Liliana Colanzi, Mauricio Murillo y yo– tuvo una ardua labor revisando todos los relatos presentados al concurso, pero hallamos, con mucha satisfacción, que los textos escogidos tienen un alto valor literario y que son capaces de hacer reflexionar a los lectores que vayan a encontrar, gracias a este concurso, sobre los vericuetos existenciales del país que habitamos.

Rodrigo Urquiola Flores

Categoría A

(13 a 17 años)

Ganadores

Todavía somos de bronce
Alejando Numbela Rodríguez

Manchas
Rebeca Borda Hurtado

¿Y qué pasa con ellos?
Emilia Villarreal Rosquellas

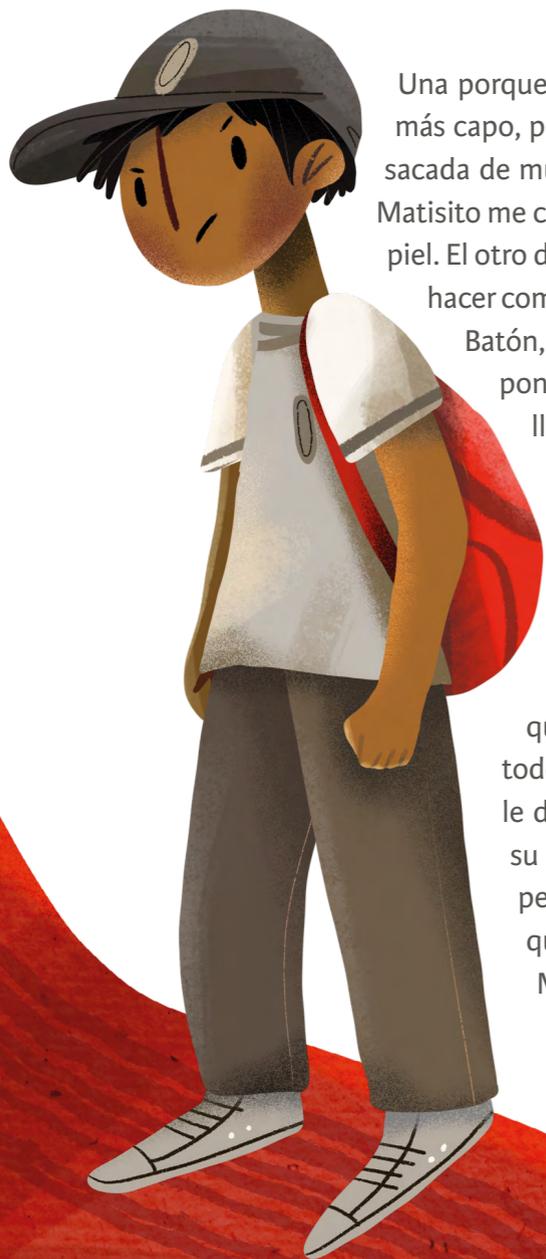
Finalistas

Pisqus
Sandra Daniela Arias Mollisaca

El crimen que no cometí
Alessandra Méndez Parada

Todavía somos de bronce

Alejandro Enrique Numbela Rodríguez



Una porquería este cole, así no era cuando estaba en el fiscal. Yo no era el más capo, pero nadie me molestaba. Al menos ahí, si tenías algún problema, sacada de mugre nomás era, ahora no puedo ni mirarles a estos changos. El Matisito me cae bien, pero el Roberto no para de hinchar con lo del color de mi piel. El otro día, en el partido contra el “C”, ese burro y su grupo no paraban de hacer como monos. Todo el rato fastidian con sus apodos horribles: Carbón, Batón, Túpac, Nigga, Indio o Animal. Anteayer ya estaba pensando en ponerle en su lugar a ese opa y justo cuando le iba a partir el hocico llega el guardia y me ve. ¡Qué desgracia! Pasado mi jefa va a venir hablar con el director, espero que no me boten.

Ya hemos salido de la reunión. No sabía que este director era un cobarde, le he dicho todo lo que me hacían esos tipos. “Me insultan, me escupen, alguna vez hasta me han intentado robar”, pero nada, se le cuaja porque el tío del Roberto trabaja en el SEDUCA, así que cualquier chistecito lo sacan. Él nos dijo que ya no estaba el antiguo director por “incompetente”, pero todos sabemos que ha entrado por muñeca. Al final, le valió lo que le dijimos y le amenazó a mi mamá, con una cara de asco mirando su pollera: “Si su hijo comete una falta más ante esta institución, perderá la beca, lo expulsaremos y me encargaré personalmente de que no vuelva a entrar a ningún colegio privado”, gritó ese perro. Me hubiera lanzado a su cuello si mi mamita no se ponía a llorar. La abracé y nos fuimos.



Esta mañana han venido los de Mochila Segura. En vez de estar por mi casa, donde matan, esos flojonazos están aquí fregando para ver si tenemos droga, cuchillos o tragos. Como si fuéramos maleantes nos han tratado. A todo medio morenito como yo hasta las tripas nos han revisado, faltaba que nos metan el dedo por donde ya saben nomás para que vean que no hay nada. Uuuta, pero a los choquitos ni el celular les han pedido, solo abrieron su cierre unos dos minutos y listo, se iba el paco.

Al menos los profes, aunque sea un poquito, me quieren. Soy medio corchito, así que por ahí no va la cosa. En los recreos veo al guardia que se queda como muñeco cuando me quieren pegar. Apenas empujo para defenderme y ya aparece encima. El director está ahí wacheando, al tonto se hace mientras ve pasar todo, pero el martes ya no aguanté. Me estaba acostumbrando a no hacerles caso, se dieron cuenta pues y me decían cada vez estupideces más fuertes, hasta que lo escucho decir al Llanos: “Tu mamá es una chola hedionda”. Sé que el guardia miraba; aun así, cerré mi mano, me di la vuelta y le encajé uno que se va a acordar toda su vida.



Manchas

Rebeca Borda Hurtado

Hace calor, siempre hace calor aquí abajo, con el horno encendido y sin nada más que una ventana muy pequeña. Podría abrir la puerta, pero entrarían mosquitos y lo último que quiero es causarle problemas a la señora Rojas.

De todos los humanos que he conocido en mi vida, ella es mi persona favorita. Es la única que, a pesar de tener muy poco, siempre tiene algo de caldo para invitarme. Debo admitir que los humanos me asustan, no hay día que salga a la calle y no escuche: “Qué feo”, “Perro deforme”, “Mestizo”, “No dejes que se acerque al nuestro”.

La verdad... duele. Nunca me he sentido muy bien conmigo mismo. No tengo un color puro como un labrador, tengo manchas, pero no como un dálmata, soy... raro. Pero la señora Rojas, ella... ella es como yo, tiene una piel que nunca antes había visto en otro ser humano. Sí, he visto a bastante gente de todo tipo, claro, pero nunca había visto a uno con manchas blancas antes. Es hermosa.

Es triste que la gente no lo note y la tengan encerrada todo el día con este horrible calor, trabajando hora tras hora. Entiendo que le pidan siempre sus exquisitos platos, ella cocina delicioso, te lo dice su cliente favorito, pero me parece que al menos podría tener un lugar más bonito.

De todos modos, no parece molestarle, siempre luce feliz. Mi parte favorita del día es cuando prende su tocadiscos y pone “salsa”, así es como ella le llama. Aunque yo no sé por qué,



12

sus ojos se iluminan cuando escucha ese ritmo pegadizo. A mí me pone feliz verla así.

Un delicioso aroma a pan recién horneado me hace agua la boca. La señora Rojas debe haber hecho sus sabrosos panes. Mientras tararea, saca una bandeja enorme del horno llena de humeantes bollos dorados. El calor aumenta, desearía que la habitación tuviera más ventanas.

–Se ven bien, ¿no crees, dulzura?

Agito la cola, contento, yo sé dónde va a terminar una de esas delicias.

–Claro que tendrás uno, pero tienes que esperar a que enfríe...

Ella me hace sentir especial, me hace sentir seguro. Continúa tarareando y empaca un par de panes en una bolsa de papel.

–Uh... ¿Escuchas eso? Justo después del estribillo: el puente de la canción. Creo que es la mejor parte. Si quiero animarme, bailar o dejar atrás las preocupaciones o tristezas, es en el puente de la canción que todo mi día mejora– dice, sonriendo con sus dientes frontales separados.

Y luego me da la bolsa, cuidando que no se rompa.

–Toma, dulzura. No lo comas en el camino, ¿nos vemos mañana?– y, abriéndome la puerta, se despide con su bella sonrisa.

Ya afuera, siento una gota. No tengo adónde ir realmente. Ahora otra gota. El parque no es una opción. Va a llover, tengo que buscar un refugio.

Corro por las calles a medida que la lluvia empeora. Llego a un canal y acelero al ver mi salvación. Me protejo bajo el paso de autos, hambriento. Suelto la bolsa antes de que mis panes se enfríen del todo. Me siento seguro: “Las penas se dejan atrás, estoy justo en el puente”.



13



¿Y qué pasa con ellos?

Emilia Villarreal Rosquellas

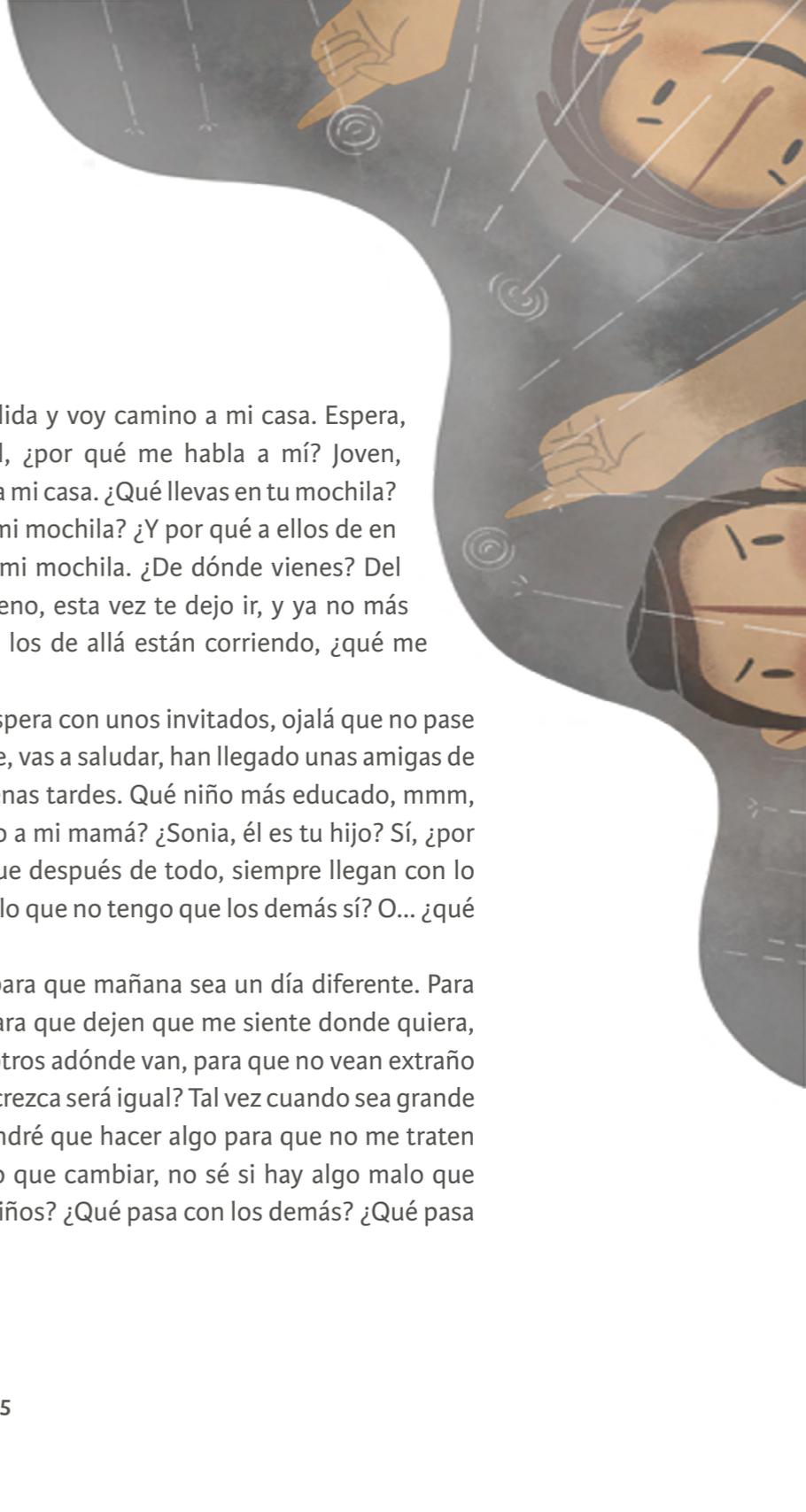
Me habían cambiado de colegio. Mi primer día en la secundaria tiene que empezar con todo. Voy ingresando a la institución, me detienen. ¿Qué traes en tu mochila?, escucho.

Me pregunto: ¿qué podría traer yo? Abro mi mochila, solo llevo mis útiles y una chompa por si hacía frío. Veo. ¿Y a ellos qué? Se pasaron de largo y no les han detenido.

Me dirijo a las aulas. Pido información: ¿Dónde queda segundo de secundaria? Se me quedan viendo. ¿Acaso estudias tú aquí? Tú deberías estar en un colegio fiscal.

¿Acaso no puedo estar aquí? Me pregunto: ¿por qué no me respondieron? ¿Qué se fijan en mí que en ellos no? Busco por mi cuenta. Entro a mi aula. Escucho murmullos. Busco un asiento libre.

¿Qué haces?, no te puedes sentar aquí. Sigo buscando, el único que me han dejado es el de más atrás, cuando veo que a alguien más si le dejaron tomar el asiento que me negaron. ¿Qué pasa con él? ¿No van a echarle? ¿Por qué no tiene que buscar otro asiento?



Pasan las horas de clase. Llega la salida y voy camino a mi casa. Espera, ¿y ese ruido? Es un auto, sale un oficial, ¿por qué me habla a mí? Joven, deténgase. ¿Qué sucede? Estoy volviendo a mi casa. ¿Qué llevas en tu mochila? Muéstramela. ¿De nuevo? ¿Qué pasa con mi mochila? ¿Y por qué a ellos de en frente no les detiene? No tengo nada en mi mochila. ¿De dónde vienes? Del colegio, me está esperando mi mamá. Bueno, esta vez te dejo ir, y ya no más actividad sospechosa. ¿Sospechosa? Pero los de allá están corriendo, ¿qué me falta, qué es lo que no tengo?

He llegado a mi casa. Mi mamá me espera con unos invitados, ojalá que no pase lo mismo de siempre. Qué bien que llegaste, vas a saludar, han llegado unas amigas de mi juventud. Él es mi hijo Ángel. Hola, buenas tardes. Qué niño más educado, mmm, les salió morenito. ¿Qué le está susurrando a mi mamá? ¿Sonia, él es tu hijo? Sí, ¿por qué lo preguntas? No, por nada. Parece que después de todo, siempre llegan con lo mismo, ¿por qué me ven tan raro? ¿Qué es lo que no tengo que los demás sí? O... ¿qué es lo que tengo?

No sé si hay algo que pueda hacer para que mañana sea un día diferente. Para que no solo me revisen la mochila a mí, para que dejen que me sienta donde quiera, para que de igual manera les pregunten a otros adónde van, para que no vean extraño a mi mamá por mi culpa. ¿Y es que cuando crezca será igual? Tal vez cuando sea grande a ellos les harán lo mismo que a mí. ¿O tendré que hacer algo para que no me traten como lo hacen ahora? Pero no sé si tengo que cambiar, no sé si hay algo malo que todos ven en mí. ¿Acaso no somos todos niños? ¿Qué pasa con los demás? ¿Qué pasa conmigo?

Pisqus

Sandra Daniela Arias Mollisaca

Cuenta la leyenda que hubo un tiempo donde antes de trascender como personas, los humanos éramos pisqus, aves para el que no sabe a lo que me refiero.

Los pisqus no eran tan coloridos como lo son ahora, no eran tan deslumbrantes y vivos. En ese entonces, solo tenían un color. No existía algo así como un ave de distintos matices en una misma ala porque ellas nunca se habían interesado en intercambiar cánticos con alguien que no fuera de su misma viveza y luminosidad. Pero la Pachamama, muy sabia, decidió que todos ellos debían conocerse.

Un día, al ocaso, la Pachamama dispuso todas las altitudes y climas de las distintas zonas. Las equilibró para que todos los pisqus pudieran conocerse. Ellos, al principio, estaban un poco asustados por los nuevos sonidos y colores que nunca habían experimentado antes. Poco a poco, empezaron a conocerse entre sí y a mezclarse. Cantaron melodías distintas que, al inicio, parecían una total descoordinación de tiempos y ritmos, pero que tomó forma paulatinamente.

Los pisqus no solo componían lindas melodías, también bailaban, mucho, de hecho, tanto así que sus plumas se mezclaron. Cada uno de estos pisqus, entonces, fue adaptando una distinta paleta de colores, una más vivida.

Cuando el ocaso del cielo empezó a desvanecerse, apareció la Pachamama en forma de cóndor. Les dijo a las demás aves que no olvidaran esta sensación. Era un reflejo de que todos sus colores internos brillan a su manera, pero que lo hacían más en compañía de otros.

El ocaso se esfumó. Todo volvió a como era antes, los climas y las alturas. Hay algunos que no se mezclaron con otros simplemente por terquedad. Y alguien, quien sabe quién, dice que los pisqus necios evolucionaron en nosotros. Por eso de nuestra tanta falta de colores.



16



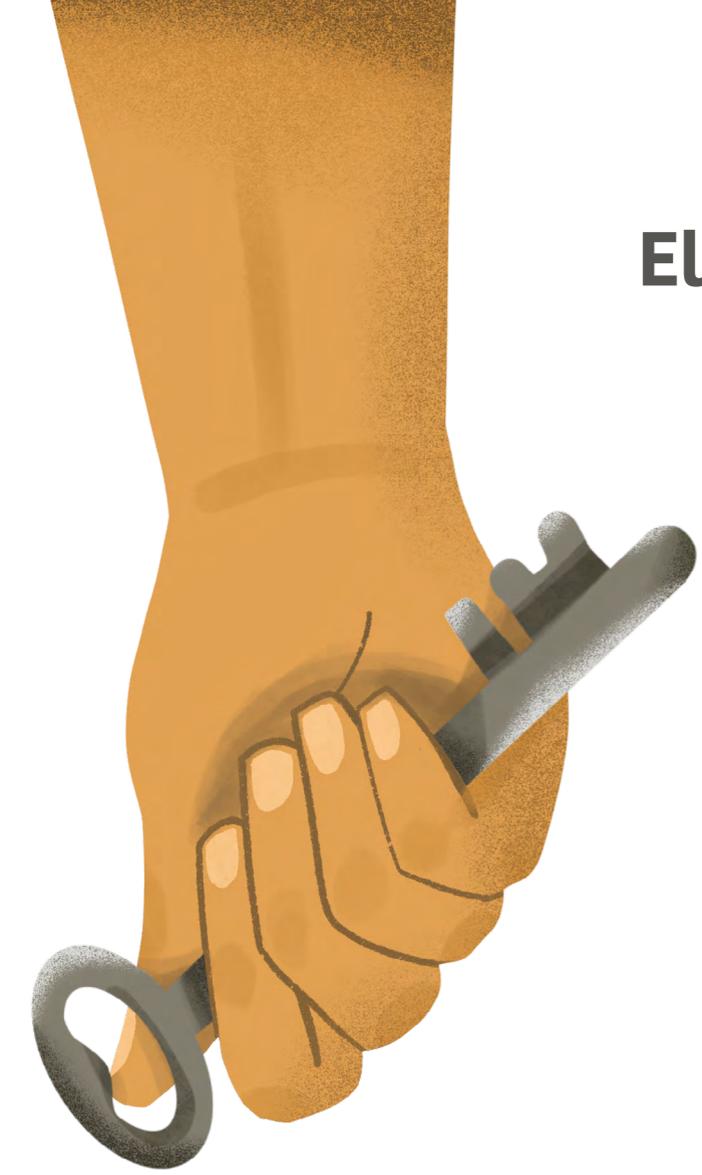
17



El crimen que no cometí

Alessandra Méndez Parada

Encerrado en una habitación con la oscuridad, donde la llave está en mano de otras personas, la tortura son las palabras, el crimen es ser diferente y la única luz es la aceptación. ¿Algún día podré salir?



Categoría B

(18 a 23 años)

Ganadores

Los sin tierra

Alicia Camelia Hurtado Rivera

¿Han visto a mi hijo?

Ramiro Adrián Araoz de la Torre

La piel que no quise

Henry Julián Cucho Quispe

Finalistas

¡Ojalá fuera el Illimani!

Fernando Fabián Salinas Miranda

Lágrimas de una niña invisible

Gustavo Francisco Espada Vargas

Los sin tierra

Alicia Camelia Hurtado Rivera

“Nací y moriré aquí”, me dijo mi padre desde que puedo recordar. Él era idéntico a mí y yo a él, como todos en mi comunidad. Nos llaman guarayos, pero somos ayoréode. A ellos no les importa saber, ni conocernos. Nos desprecian.

Visten diferente a nosotros y parecen de otro planeta, no importa si su piel es más o menos oscura que la nuestra; de todas formas, nos miran desde arriba. Ellos arrebatan, entran en los bosques y proclaman que esa tierra les pertenece, quieren tumar los árboles y traer ganado. Mi madre dice que la naturaleza siente, pero ellos nunca entienden.

Mi familia siempre ha tenido que escapar. Primero huimos de los que llegaban envueltos en metal y decían que nos habían descubierto. Nos introducimos en la llanura y los perdimos, creíamos que estábamos a salvo pero volvieron, esta vez con máquinas gigantes que perforaban la tierra y secaban la vida. Tuvimos que crecer alrededor. Vi a los pájaros aprender a volar, a las urinas caminar por primera vez, eso no tiene ningún valor para ellos.

“No se integran”, nos dicen, pero nadie se toma el momento de aprender nuestra cultura. Les molesta nuestro acento y nuestra forma de vivir.

Así que supongo que por eso lo hicieron, porque odian lo que no conocen, así que decidieron terminarlo. Una noche hubo un humo espeso que rodeó todo el bosque. Cuando salimos,

el verde se tiñó de rojo, los animales aullaban de dolor, y recordé lo que ellos llaman infierno.

Mi abuelo dijo que cuando intentaron cambiarlo le hablaron del cielo y del infierno, del mal y del bien. Le leyeron un libro que hablaba de hombres que con sus palabras separaban el mar y convertían las piedras en pan. La historia que mi abuelito más repetía era la del hombre que encontró una tierra para su pueblo, porque él creía que ese era nuestro destino.

Si uno era bueno, le pasaban cosas buenas, eso decían, pero esa noche supe que las cosas malas te pasaban si no obedecías a los que tenían el poder.

Tuvimos que dejar todo atrás y volver a escapar. Mi padre no tuvo fuerzas, así que se quedó a cumplir su promesa.

Y, mientras las llamas del fuego consumían todo a nuestro paso, me preguntaba si algún día encontraríamos nuestra tierra prometida...



¿Han visto a mi hijo?

Ramiro Adrián Araoz de la Torre

¿Dónde estás hijito? ¿Acaso no quieres verme? Soy tu mamita Apolonia. ¿Te recuerdas de mí? Tantos años en mi aguayo te he llevado a pastear vacas, cantándote Phatitan. Por los ríos cruzábamos, por los cerros colgándonos a veces íbamos, ¿acaso no te acuerdas?

¿Por qué te has ocultado de mí? ¿Piensas que no te quiero ver? Cómo no voy a querer ver esa carita brillante como el bronce, la noche en esos ojitos, tu risita juguetona que alegraba el ambiente. Cómo no te voy a querer ver, hijito, si tantas veces hemos visto a las plantitas crecer y morir en las caminatas, tantas que no me había dado cuenta que te habías vuelto un hombre, que estabas enamorado, que te habías convertido en autoridad. Lo último ha sido mi alegría más grande, pero la alegría es cortita nomás como esa pequeña vela que teníamos para alumbrar el cuarto la noche que te has ido.

“A La Paz, mami”, me has dicho, arrebatándome el corazón de un susto. “Es por nosotros, ¡todo nos quieren quitar!”.

¿Todo?, si ya no tenemos nada. No podemos estar en los mismos lugares que ellos, no tenemos sus casas, sus autos. Hacen que les atendamos como si fuésemos sus esclavos, nos pagan mal y de paso nos riñen. ¿Qué siempre nos van a quitar?, ¿nuestro terreno? Ya está todo contaminado, ¡igual se va a morir! No te importó. Tu ingenuidad y la mano del Salustio te han subido a ese camión



dejándome arrodillada pidiendo que la tierra se trague mis lágrimas. No me ha hecho caso. Días después la mitad de ustedes nomás había vuelto. A don Cándido le he preguntado y me ha dicho que desde el primer día no te había visto. La tierra me ha regresado mis lágrimas entonces.

Tú sabes que he venido ese rato a buscarte, pese a que don Cándido me ha dicho “mujer eres no vas a poder”. Igual nomás he venido. Difícil ha sido llegar para mí. Me he tenido que venir con mi amarrito y mis pasos, no necesitaba más. El problema ha sido cuando he llegado porque nadie siempre me entendía hablando en quechua. Las señoras con sus wawas corrían al verme. Los señores, bien trajeados, me miraban lo que les decía y me alcanzaban monedas. Otros, sus caras de asco ponían y movían la cabeza. Otros solo me empujaban. Yo no entendía, ¿despeinada estoy?, ¿serán mis dientes? Eso nomás pensaba, pero era mi piel. Nos marcan por la piel, hijo. A ti también así seguro te han hecho.

¿Dónde estás, hijito? Bien grande es La Paz, me siento una piedrita buscando otra igual en el río. No sé cuántas veces ya he visto al sol escaparse de la luna así. No importa, quiero seguir buscando, pero he perdido los pasos. Me ha quitado las ganas que me boten de todo lado. “India”, “pobre”, “sonsa”, de todo me han dicho. Es que no entienden que, como ellos, yo también sufro. ¿Me perdonas si me siento un ratito? No quiero llorar, pero siento el final tan cerca. También estás viendo a esos que me están siguiendo desde hace rato. Está bien, me van a llevar a ti. Es más, creo que ya puedo escuchar tu voz cantándome Phatitan, ayudando a que me calme.



La piel que no quise

Henry Julián Cucho Quispe

No me gustaba mi piel. No me gustaba el color café con leche que me había tocado por herencia de mi padre quechua y mi madre mestiza. No me gustaba el contraste con el blanco de los otros niños del colegio, que me miraban con desprecio y burla. No me gustaba el pelo negro y lacio que se me pegaba a la frente cuando sudaba. No me gustaba el nombre que me habían puesto: Juan Carlos, tan común y tan aburrido.

Quería ser como ellos. Quería tener la piel clara y los ojos azules. Quería tener el pelo rubio y rizado. Quería llamarme Sebastián o Mauricio o Rodrigo. Quería ser parte de su grupo, de su mundo, de su risa.

Pero ellos no me dejaban. Me decían “indio”, “negro”, “sucio”, “feo”. Me empujaban, me pegaban, me escupían. Me hacían sentir inferior, diferente, solo.

Un día, decidí cambiar. Decidí pintarme la cara con una crema blanca que encontré en el baño de mi casa. Decidí ponerme unos lentes de contacto azules que compré en una farmacia. Decidí peinarme con gel y hacerme unos rulos con una plancha. Decidí cambiarme el nombre por uno más sofisticado: Jean Charles.

Así fui al colegio, esperando que me aceptaran, que me admiraran, que me quisieran.

Pero no fue así. Me miraron con más desprecio e hicieron más burla. Me dijeron “payaso”, “ridículo”, “falso”. Me arrancaron los lentes, me quitaron la crema, me cortaron

el pelo. Me hicieron sentir inferior, todavía más diferente, más solo.

Entonces entendí que no podía cambiar lo que era. Que no podía negar mi piel, mi sangre, mi historia. Que no podía renunciar a mi identidad por un sueño imposible.

Decidí quererme. Decidí aceptar mi piel como un regalo de mis ancestros. Decidí valorar mi pelo como una señal de mi fuerza. Decidí usar mi nombre como una marca de mi orgullo.

Volví al colegio, esperando que me respetaran, que me reconocieran, que me dejaran en paz.

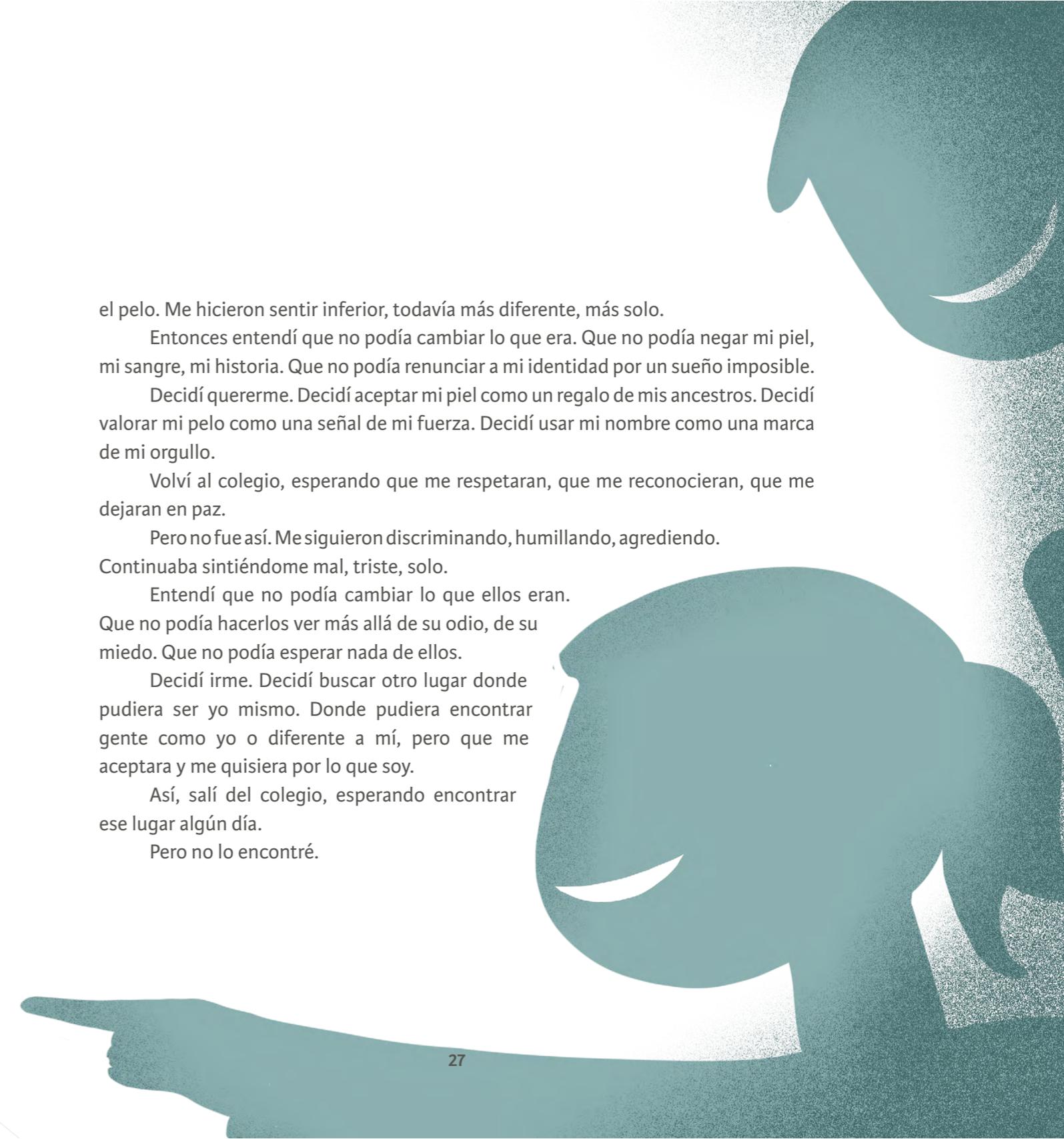
Pero no fue así. Me siguieron discriminando, humillando, agrediendo. Continuaba sintiéndome mal, triste, solo.

Entendí que no podía cambiar lo que ellos eran. Que no podía hacerlos ver más allá de su odio, de su miedo. Que no podía esperar nada de ellos.

Decidí irme. Decidí buscar otro lugar donde pudiera ser yo mismo. Donde pudiera encontrar gente como yo o diferente a mí, pero que me aceptara y me quisiera por lo que soy.

Así, salí del colegio, esperando encontrar ese lugar algún día.

Pero no lo encontré.



¡Ojalá fuera el Illimani!

Fernando Fabián Salinas Miranda

¡Ojalá fuera el Illimani!, son las primeras palabras que pasan por mi cabeza al despertar. El pensamiento sucede mientras me levanto y me alisto para trabajar; de hecho, cada día se desarrolla un poco más. ¡Ojalá estuviera allá arriba!, es algo que pienso siempre. Desde allí se debe contemplar la majestuosidad de los distritos, de las calles y las plazas; seguramente se puede ver cómo giran los engranajes de la ciudad.

Imaginar estar a 6.438 metros sobre el nivel del mar es mi pensamiento rutinario. Formar parte de la cordillera de Los Andes quizás te permite ver el funcionamiento de todo. El Illimani logra admirar espectáculos luminarios en la ciudad y no distingue destellos, solo ve cómo las luces van sofocando la oscuridad desde las seis la tarde. En la madrugada observa cómo las cálidas farolas amarillas se pierden entre el frío y la neblina. En cambio, yo vivo para trabajar. Desde las siete de la mañana me subo al minibús, ajusto el retrovisor, muevo los espejos, caliento el motor y estoy listo para partir en mi 242.

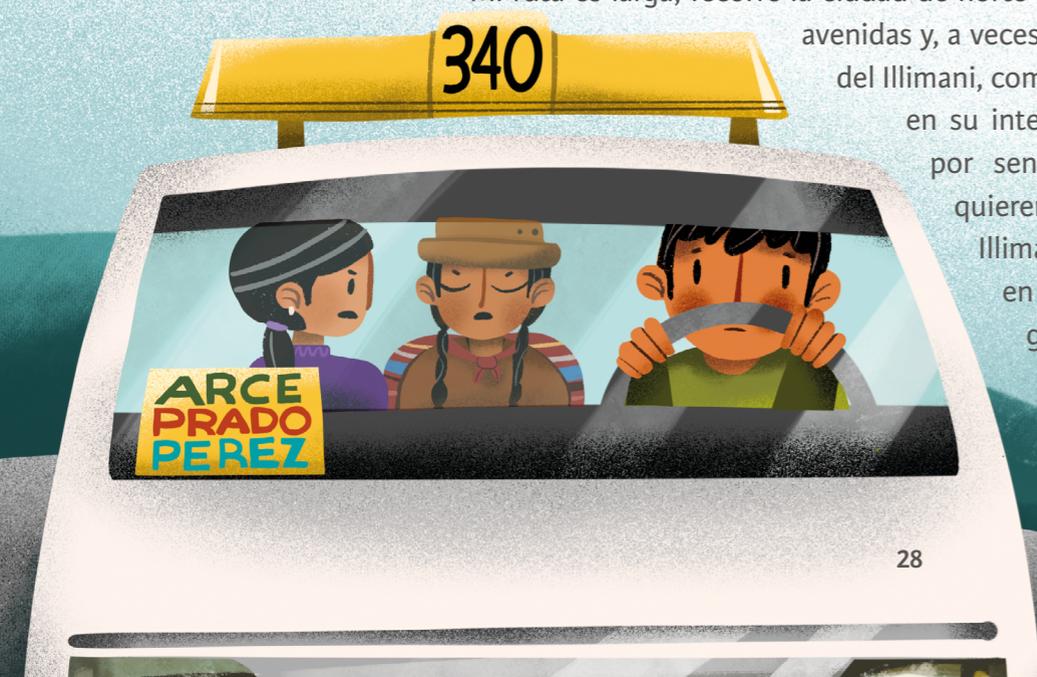
Mi ruta es larga, recorre la ciudad de norte a sur, me pierdo entre edificios, avenidas y, a veces, entre trancaderas. A diferencia del Illimani, comparto con las personas y las veo en su intento de ocultar la incomodidad por sentarse en “ese lugar” que no quieren compartir. A diferencia del Illimani, escucho a la gente discutir en cada esquina; escucho a la gente pelear por ver quién quiere bajar. A diferencia del Illimani, tengo que

observar cómo las personas que bajan al sur son indiferentes con aquellos que vienen del sur; ignoro que las personas que suben al norte ven chueco a quienes son propios del norte. El Illimani, desde allí arriba, puede vernos a todos, pero no puede oírnos hablar a todos. Y yo, igual que el Illimani, no logro oírnos hablar.

Todos los días pasa lo mismo. Debo hacer la vista gorda ante comentarios indiscretos de los pasajeros; parece mi trabajo olvidar, cada día, que todos vivimos en la misma ciudad. Aparentemente no debo darme cuenta de que el desarrollo de nuestra ciudad es gracias al esfuerzo de cada persona dentro el minibús. Todos aquellos que gritan ¡Esquina bajo! cerca de su trabajo están armando el espectáculo luminoso para las siete de la noche.

A lo mejor no soy yo quien deba ser un volcán extinto. A lo mejor cada uno de los pasajeros debe ponerse en el lugar del Illimani solo por un día, para así ver el espectáculo de luces que hacen desde lo alto hasta lo bajo. Tal vez si dejan sus maletines y sus aguayos, y se dan tiempo para descubrir que viajamos lado a lado, para ir del sur a El Alto; tal vez así puedan ayudarme a desarrollar el pensamiento de cada despertar.

Con suerte, mañana por la mañana, no tendré el mismo pensamiento: ¡ojalá fuera el Illimani! Pero ojalá todos quieran ser el Illimani mañana.



Lágrimas de una niña invisible

Gustavo Francisco Espada Vargas

“A mí no me ven”, piensa María Guadalupe. No despega la vista de Alba. A pesar de que visten el mismo guardapolvo, no las consideran iguales. Las maestras dicen que Alba es especial, inteligente, buena alumna. Según ellas, los ojos verdes y la piel blanca de la pequeña niña no influyen en su cariño incondicional. Los niños la escuchan atentos. Alba termina su exposición y llueven los aplausos. La maestra es la primera en felicitarla.

La niña invisible da un largo paseo por la llanura ocultando su pena. Cuánto daría por ser Alba. Las palabras de su madre revolotean en su mente, que el crimen empieza con la envidia, que debería ser feliz consigo misma, que lo importante es el interior. Aguanta sus ganas de gritar al mundo: Mírenme, estoy aquí, existo. Soy tan niña como Alba, incluso más lista.

Odia su invisibilidad porque los demás la ignoran. La solución sería quitarle los ojos a Alba, sí, ingresar a su habitación y arrancarle esos bellos globos oculares. La castigarían, pero solo así el mundo vería lo maravillosa que es.

Llega la noche. Va por la cuchara de helados de su papá, y se dirige a la casa de la futura ciega. Al traspasar la verja, una mano gigante la derriba con fuerza: “¡Guaraya ladrona!”, le grita. La niña, aterrada, observa cómo los vecinos prenden las luces. “De aquí no sales completa, te van a cortar las manos”, sentencia el hombre.

Reconoce a los amigos de su papá que, en vez de ayudarla, la acusan de los robos que últimamente sufrieron en la zona. La familia de Alba sale por el escándalo. María Guadalupe se halla frente a la pequeña niña de ojos verdes. En medio de la vergüenza y los gritos, sus ojos café cambian a un rojo sanguinolento. No para de llorar. “Así son estos indios”, repiten las voces. La juzgan por el triste color de sus ojos y el oscuro tono de su piel. Al final el pueblo la ve como a una delincuente.



Categoría C

(24 a 99 años)

Ganadores

Itagué Dosape, Ayoré
Oriana de Alencar Villarroel

Con lo que tiene, no le da
Fadrique Iglesias Mendizábal

Aurelia
Sergio Velasco García

Finalistas

La falacia del arte
Helga Machado Veizaga

Una palabra mal dicha
Álvaro Manuel Montoya Ortega

Mi compañero Chichi
Fabrizio Callapa Ramírez

Itagué Dosape, Ayoré

Oriana de Alencar Villarroel

En una de sus largas caminatas, Itagué Dosape se encontró con una gran planta de garabatá. Siempre que se adentraba en el monte, iba acompañada de varios animales y caminaba bajo el arcoíris. Comenzó a escarbar para sacar la planta y llevársela a su comunidad. Los tatuses de ojos tristes y los osos hormigueros hambrientos la ayudaban escarbando la tierra alrededor de la dajudie. Mientras tanto, la planta se hacía cada vez más grande y su raíz más profunda. Se preguntó, rascándose la cabeza, cuál había sido la última vez que cosechó una mata tan grande. Sus hojas servirían para hacer varios bolsos. El hilo lo teñiría con paquío o con cáscara de ajunao y raíz amarilla. Ella ya sabía hilar y torcer la fibra, ahora estaba aprendiendo a tejer los bolsos. Ya era una niña grande.

De más grande ya no sería una “bárbara”, como le decían los niños cojñone cuando la veían en la puerta de la iglesia vendiendo sus collares. Tendría una casa en el pueblo, comería mucho y tendría mucha fruta en su lote para sus animales.

Una vez, un hombre le había gritado “marginal” cuando casi la atropella con su moto. Sintió que esa era una palabra fea, aunque no sabía muy bien lo que quería decir. Ese día se puso tan enojada que terminó rompiendo una pequeña calabaza que estaba adornando. “Marginal” le retumbaba en la cabeza. Lo había dicho con tanta rabia que seguramente era un insulto, como cuando ella reteaba a su perro y este se agachaba escondiendo su hocico. Pero ella no se iba a agachar ni esconder. Solo que cada vez que se acordaba de ese hombre, le daban ganas de suncharlo con una rama.

Ya era de tarde cuando terminó de escarbar la raíz. Colgó la planta en su mochila para llevarla a casa. Los tatuses marchaban alegres a su lado, junto con los osos hormigueros que ya tenían sus panzas llenas de abundante comida. También llevaban lo recolectado ese día: plumas coloridas, raíces y semillas que iban cayendo de su bolso con la esperanza de convertirse en grandes árboles.

De camino al pueblo, se encontró con los demás niños pescando en el río, más allá a las mujeres tejiendo los símbolos de su cultura en los utebetai y los peyé, mientras los hombres alegres y sonrientes se preparaban para la caza tallando sus flechas. Ella no era “marginal”, lo que sea que eso significase. Todos ellos eran persona, eran ayoré.



Con lo que tiene, no le da

Fadrique Iglesias Mendizábal

[Él]

Domingo: Mateo Havertz campeón. Otra vez y David Coro se fija en su compañero de equipo con una cara rara, no sé si con envidia, pero al menos con disgusto mal disimulado. Ha tenido todas las oportunidades, te lo digo yo que lo conozco, y no las ha aprovechado. Suele tener una mirada acomplejada, de saber que se puede acercar, plantar cara, pero nunca ganar con rotundidad y en estas circunstancias. Me sabe mal, porque yo entreno a ambos y desaprovecha oportunidades. ¡La cabeza no le da!

Sábado: 3º etapa, montaña, 120 kms por la mañana y 75 por la tarde. El Coro me gusta, aunque pudo salir mejor. Las piernas no le tiemblan como el viernes. Buena señal. Etapa ganada, hielo y descansar para mañana. Mis dos cachorros llegan fuertes. Está para cualquiera.

Viernes: 2º etapa. Coro tiene el cuerpo pesado, se le nubla la vista. Pero es nieto de aimaras, sabe sufrir. Ha dormido lo normal, seis horas y sigue bostezando. Las náuseas no han llegado a vómito –tampoco a sangre, como otras veces–, y eso es bueno. Hoy duerme, de premio, al menos siete horas, ojalá más, pero no hace caso. El fin de semana no hay courier, solo bicicleta. Si pudiera entenderme, llegaría a Europa. No le da.

[Yo]

Jueves: Prólogo de La Vuelta al Valle, 10 kms, 12 minutos, contrarreloj individual. Lo mejor es que voy a poder dormir en hostel, sin el llanto de mi wawa, además me han dejado una habitación solo para mí. Cuando no era profesional compartía habitación con Havertz, ya no. Para evitar roces innecesarios, me ha dicho.

Miércoles: Este año son 120 ciclistas, y de esos, 10 del club. Nos llevamos bien, en el grupo hay de todo. Bromas constantes. Dos cambas, un chapaco, dos orureños y el resto, cochalos. De estos, cuatro de colegio particular, solo yo de fiscal. Me joden con mi forma de pronunciar la erre, según ellos como ese. Son un cago de risa.

Martes: Día de descanso para las piernas. Hoy voy al courier solo a ordenar la correspondencia. El jefe me ha permitido no repartir.

Lunes: Nada como comenzar la semana con series anaeróbicas. Intervalos de 1km, intensidad submáxima, en empedrado. Luego me cambio y llego al courier, a repartir cartas en la otra bici, esa que parece de carpintero. Un calentamiento. Y, como homenaje, sopa de gallina en bolsa para comer en el camino y gelatina al descanso. No hay tiempo de manteles, servilletas y sobremesa; tampoco dietas.

Domingo: Estoy como moto. Descansé el sábado. Normalmente trabajo fines de semana, vendo plásticos a una recicladora, los junto en la camioneta de mi tío y cobro 10 centavos por contenedor. Entrenar con Mijaíl, el colombiano llegado de Bélgica, es la oportunidad de mi vida. Viene sin prejuicios y dice que quiere llegar más allá de la zona norte de la ciudad, de donde salen todos. Sin él ya pude ganar varios campeonatos juveniles, imagínate ahora entrenando de verdad, con disciplina europea –ética de trabajo– como dice él, no la cultura de vagos, cleferos y llokallas del hampa. Dice que no me falla el cuerpo, sino la cabeza. Que tengo todo para ganar a Havertz esta vez. Le creo.

Aurelia

Sergio Velasco García

Su habitación se convirtió en cocina y su recuerdo en un fantasma que pobló nuestra retaguardia, amenazando siempre con volver a la vida y tomarnos por asombro.

Aurelia, la bisabuela. Luego de enterrada, fueron llevadas sus ropas al río y el resto quemado o dado por regalo. Con los años olvidé su rostro y una fina capa de polvo cubrió su nombre: hasta ahora.

Esa tarde, y luego de un par de cervezas, papá abrió airoso el álbum de fotos. Mientras me acomodaba en su regazo, de pronto comprendí, a los ocho años, que la historia no corría por los libros sino por las minucias muchas veces indescifrables de los retratos de familia. Porque papá seguía mostrando niños vistiendo ropa de adultos, tías con vestidos plegados a sus tallas, al abuelo con los ojos oscuros hasta el pecho y a las primas con la mirada de quien tiene mucho por contar.

Pero nada de esto tendría sentido sin aquella imagen donde al costado inferior sobresalía un mocasín de mujer que cubría los pies de alguien

que realmente no estaba en la imagen. De alguien que estuvo ese día pero que no fue retratada. Pregunté por ella y papá sonrió con sorna. Ay papito, si supieras, me dijo. Pero no, no lo supe, sino mucho después. Porque dijo que en la fotografía estábamos todos, pero sí y no, pues faltaba Aurelia, la bisabuela. Mientras papá abría la cuarta cerveza repetía el nombre de militares y terratenientes, nada podía impedir que su rostro se ahuecara silenciosamente frente a ese mocasín perdido que vestía polleras.

Para la quinta botella papá sollozaba como bebé, tendido sobre el sofá. Yo veía en la escena a su fantasma de retaguardia velando el sueño de un hombre criado bajo la lumbre de los chistes de barrio, de esos que mariposean entre los amigos. El mismo fantasma que anida en el podio de casi cada certamen, o en la muchacha que mira el color de sus pezones frente al espejo o en aquello que ha logrado llamar destino a los puestos de trabajo. Porque la piel, en este mundo, tiene precio de canje, dijeron. Tiene que ver con lo bello y con lo que se torna invisible. Porque vaya contradicción que a cuanto más oscura sea esta, mayor parece ser su invisibilidad. Porque Aurelia, la bisabuela, no apareció sino después de años en boca de mi padre. Porque toda deuda hace su transacción a los nietos y heredamos el rostro del desprecio que, aun viendo el cuerpo de un alma colorida, no es capaz de verla.

¿Por qué nunca se habló de ella?, me pregunto. ¿Por qué su nombre suena más a cicatriz que a mayúsculas?

¿Por qué le dimos la habitación más triste cuando envejeció?

Volvímos del entierro y del río. La abuela lloraba a las risas, pues decía que la despedida era una forma de alegría que se debía realizar con toda lágrima; mas el llanto de papá no rezumaba del cauce de la felicidad sino de la fuente de la amargura. De esa que oculta las cosas y nos mece en el regazo de un sillón donde todos los años solemos tomar nuestra foto de familia.

La falacia del arte

Helga Machado Veizaga

La obra maestra del artista prestigioso, que captura la belleza de los colores vivos de la Pachamama, se exhibía en la galería. Muchos admiraban y debatían la magnificencia del cuadro.

La mujer ingresó con curiosidad a admirar la obra, ataviada con su aguayo y su urkhu, pero fue apartada inmediatamente con palabras corteses: “Mamita, retírate, este lugar no es para ti”.



Una palabra mal dicha

Álvaro Manuel Montoya Ortega

Todo el curso me veía en silencio absoluto. Rayos X, esa es la palabra para definirlo, sentía que podían ver dentro de mí, quizás preguntándose si mi familia era del campo.

—No se le dice así, Rodríguez, esa palabra no existe —dijo mi maestra y anotó algo en su registro. Apreté mi guardapolvo blanco que se arrugó mientras veía caer una lágrima que hizo un pequeño círculo plomo sobre él.

Era la primera vez que me equivocaba en la escuela y era por culpa de mi abuela.

Había conocido esa palabra, la mal dicha, en una tarde rosada. Una en la que el sol se iba y la música de una fiesta patronal sonaba lejana. Los bombos retumbaban, parecían los latidos de una montaña.

El río negro, la risa de mis primos, el sonido del agua que dibujaba aquel rastro de líquenes donde veíamos a los renacuajos adquirir patas, ojos, y luego salir del agua transformados en ranas doradas.

Cuando el animal de la palabra mal dicha se abalanzó sobre nosotros mi abuela gritó su nombre para advertirnos. Todos se cubrieron las cabezas con las manos y comenzaron a correr.

Caí al río. Desde el agua y su silencio subterráneo lo vi volar sobre mí, mientras oía lejanos los gritos de mis primos, como el ruido de un trueno que nunca me alcanzaría.

Cuando salí del agua, mi abuela reía. Mi primo Carlos se rascaba la cabeza porque el animal del nombre mal dicho le había robado unos cabellos para su nido. Un nido negro dentro de alguna cueva que nunca pudimos encontrar.

Al regresar del colegio ese día entré sin saludar y me tiré en la cama. Mi abuela, que cocinaba, me siguió preocupada.



—¿De qué estás llorando mamita? —me dijo mientras me acariciaba la cabeza. Su mano estaba fría y olía a detergente.

—Me he equivocado en mi clase de Ciencias Naturales —le respondí. El primer berrido salió de mi boca y chocó con la almohada en la que apretaba la cara.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Dije que la libélula se llamaba chujchasuwa, y la profesora me ha dicho que estaba mal, ¿por qué no me has dicho que era su nombre en quechua? —contesté. Le empujé la mano y lloré con más fuerza.

Tenía miedo de que me quitaran del cuadro de honor, de que la profesora dejara de quererme y de sentarse a hablar conmigo en el sol durante el recreo. De que mis amigas dejaran de decir que era la más inteligente del curso.

—Perdón mamita. Yo no he ido al colegio, pensé que así se decía —me respondió—. Ya no voy a decir, ¿ya?

Desde ese día nunca más hablamos quechua en casa. Con el tiempo olvidé esa palabra, hasta que muchos años después, frente a una señora como mi abuela, escuché la voz con la que ella nombraba las cosas. Las hierbas, el desorden, los cordones de mis zapatos, el dolor de estómago y las penas, las canciones diurnas, agudas como un aullido, y no las entendí. Porque a mis ocho años acepté que el mundo se debía nombrar en español.



Mi compañero Chichi

Fabrizio Callapa Ramírez



1. Cuando lo presentaron en el colegio, algunos de mi curso no ocultaron una risita burlona. Yo era una de ellas.

2. Eran en los comienzos del segundo trimestre. Nos contó que sus papás habían venido a esta ciudad por el trabajo, eran comerciantes. Su forma de hablar era muy pausada y bajita. Había que convertir las orejas en antenas parabólicas para escucharlo.

3. Los profesores se saltaban su apellido y lo llamaban directamente por su nombre. Al Chichi jamás pareció molestarle. Es más. Creo que lo agradecía.

4. No tenía amigos, andaba solito por el cole. En los recreos se iba a la esquina del patio y jugaba con el celular.

5. La primera vez que le escuchamos gritar fue en Educación Física, en un partido de fútbol. Pena por él...

6. Hablaba raro. A veces cerraba la U y le quedaba una O con la dureza de las rocas. A veces la E se aparecía de golpe en una zancadilla verbal. A veces se comía sílabas enteras cuando se apuraba. Nada del otro mundo, pero ya saben cómo somos en el cole.

7. A las risitas se sumaron las imitaciones. El Vedia se encorvaba y sacaba sus labios a lo grueso para imitarlo. Todos se reían. Aunque se inventara frases o las copiara de los videos de internet, el curso por completo entendía que las actuaciones apuntaban al Chichi.

8. Una mañana, no se aguantó y le clavó un puñetazo al Vedia. Decían que, a la salida, en la plazuelita, se iban a sacar la mugre.

9. Esa misma mañana vino el regente al curso y se llevó a los dos.

10. Al día siguiente, mientras estábamos en las filas, vi al Chichi con su mamá. Una mujer de pollera rosa oscuro. El Vedia no estaba entre nosotros.

11. Esa mañana, la profesora de Filo pidió que alguien fuera a dirección por las enciclopedias. Como sentía curiosidad por escuchar, me ofrecí de voluntaria.

12. Estoy segura de que jamás hubieran reprendido así a los padres del Vedia.

13. La voz del director era enfática. Le echaba en cara que habían hecho esfuerzos por el traslado. Que era la última vez que se portaba así. La próxima era expulsión.

14. Escuché a la madre del Chichi reclamarle en quechua. Sus palabras resquebrajaban su voz en algo muy cercano a las lágrimas. El Chichi la intentó calmar, hablándole también en esa lengua. Su voz era muy musical.

15. Por más que no llegara a comprender, sus palabras me dolían.

16. El Vedia volvió al curso con la sonrisa de alguien que ha ganado un trofeo en el Free.

17. A la primera burla fui yo quien le dio un sopapo, no me importó la expulsión o cualquier castigo. El curso entero se quedó embobado y dijo: ¡Uuuuhhh!

18. Me acerqué al Chichi tiempo después. ¿Podrías enseñarme quechua?, le pedí. Le dije que sonaba a otra persona, tal vez al verdadero Chichillanca, que nadie del curso conocía. Yo he crecido en una comunidad donde purito quechua se habla, me respondió pausado, con ese temor a equivocarse, pero ya con una sonrisa ante mi interés.

19. Desde ese día que estoy aprendiendo a hablar. Hay letras que no puedo. Se me traban en la garganta, en la lengua, en los dientes. Pero dice que hablo bonito, que mi corazón nace y renace con cada nueva palabra.

Cuento ganador

Categoría A

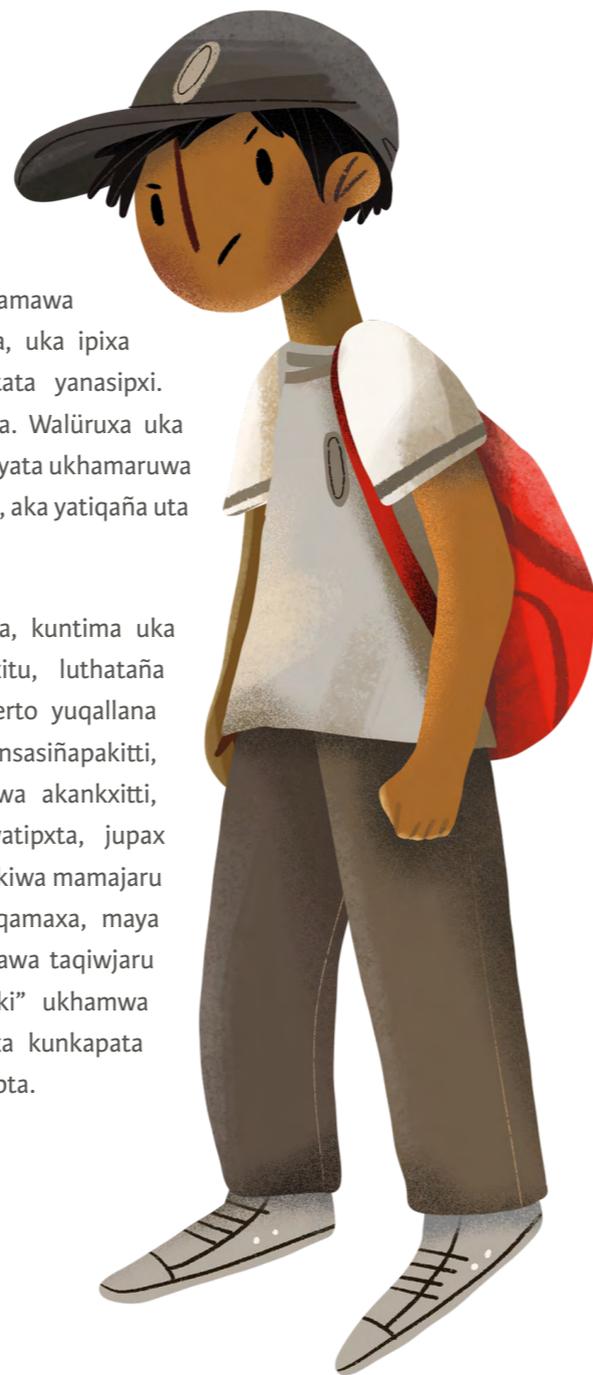
(Versiones en idiomas nativos e inglés)

Ch'ullqhisipkaktanwa

Alejandro Enrique Numbela Rodríguez

Aka yatiqaña utaxa janiwa walikitti, maynirixa janiwa ukhamäkantti. Nayaxa janiwa wali khust'ata yatiqirikayatti, ukampinsa janiwa khitisa turiykitantixa. Ukanxa, kuna jani walt'äwi utjkipanxa, nuwarasiñampiwa askichatanxa, jichhaxa janiwa ni uñkatanjamakisa aka yuqallanakaruxa. Mati jilaxa suma jaqiwa, Robertoxa sapürjamawa janchi samijata turiyitu. Nayrurüxa, "C" tamampi anapaxta ukhaxa, uka ipixa masinakapampixa niyakisa k'usillukapxaspa ukhamwa naya uñkatata yanasipxi. Yanqha sutinakampikiwa sutinchasipkitu: k'illimi, qhisti, tupak, uywa. Walüruxa uka yuqallaruxa nuwjaña munayata, yatichañataki, niya ch'akuntañampiskayata ukhamaruwa jark'iri jaqixa uñjitu. ¡Janiwa akch'asa walikitti! Jichhaxa taykajawa jutani, aka yatiqaña uta irpirimpi parliri, inacha jani jaqsupxitaspa.

Tantachäwitxa mistsunjapxtwa. Aka irpiri tataxa wali llajthataynawa, kuntima uka yuqallanakaxa lurapxitu q'ala yatiyta. "Sawkasipxitu, thuskatapxitu, luthataña munapxitu", ukampinsa janiwa kamsirjamakisa, amukiwa, uka Roberto yuqallana laripajaya SEDUCA uksana irnaqchixa, ukhamaxa janiwa chansasiñapakitti, jaqsupxaspawa. Irpiri tataxa mä kutixa sanwa, nayra irpirixa janiwa akankxitti, kunalaykutixa janiwa suma apnakirikantti, ukampisa taqiniwa yatipxta, jupax yanapampixi juti. Inamayawa taykajampi, nayampixa arsusipta, antisakiwa mamajaru jisk'achi, niyakisa isipa uñjasa waq'aqkaspa ukhamwa uñkati: "Yuqamaxa, maya kutimpitima kunsä jan wali lurani ukhaxa alisnukutawa uñjasini, nayawa taqiwjaru jawsä, yatiyä jani yaqha pajanti yatiqaña utaru qatuqapxañapataki" ukhamwa uka sallqa anuxa wajart'asi. Taykajatima jachasapanxa, uka jaqiruxa kunkapata q'upthapiriskayatxa. Taykajaru qhumantasisawa ukawjata mistuwayxapta.



Mochila Segura sutini tamawa chharmanthixa purini. Utajawjankakipkaspasa, ukhanxa jaqi jawayapxi, aka jayranakaxa aka yatiqaña utaru thijwiri jutasipki, inacha yanqha umanaka, manq'anaka, yänaka utjaspa sasina. Niyakisa ñanqha jaqinakapkirista ukhamwa uñjapxitu. Nayjama ch'iyart'ata janchini waynanakaruxa wali thapsupxitu, niyapuniwa kuna p'iyatsa luk'anampi luqantapxitu. Taaaata, janq'u ajanunikaruxa janiwa ni chililiripsa mayipkitti, alaqakiwa thaqhirjama q'ipinakapa uñarapxi, ukatxa pallapalla jaqinakaxa mäkiwa sartawayxi.

Yatichirinakaja, mawk'anakxa munasipxituwa. Mawk'a suma yatiqiriskaraktwa, janiwa ukax llakikitti. Yatiqaña utana anqapanxa jark'iri tataxa niyakisa t'ixitakaspä ukamawa sayt'asis nuwña munapxitu ukhaxa sayani. Nuwantasiña, arxatasiña munta ukhaxa jank'akiwa juti. Irpiri tataxa akawjanakana sarnaqaskiwa, jani uñjiriwa tuku, ukampisa martes uruxa sintwa thithiyapxitu. Parlasipkpana, sasina janiwa yäqkayatti, uka uñjasaxa uka yuqallanakaxa juk'ampi jani wali arunaka parlapxitanxa, mä uruxa Llanos jaqiruxa akhama siri ist'ta: "taykamaxa thujsa q'aphi warmiwa". Inamayawa jark'iri jaqixa ukankaskanxa, ukhampachawa ampara muqucht'asta, kutikipstasa ch'akuntta, wiñaya amtasiñapataki.

Traducido al aymara por Nelson Gabriel Yapu Machicado

Antamantaraq Kanchik

Alejandro Enrique Numbela Rodríguez



Kay yachaywasimaqa, mana jinachu suyu yachaywasipi kachkaptiyqa karqa. Mana ancha atiqpunichu kaq kani, jinapis mana pipis awrichiwaqchu. Chay kulijupiqqa, ima ch'ampaypi rikukuspaqa, supaynillaykita jurqhuchikunayki kaq, kunari kaykunaqa mana qhawarina kasqanku. Matisitu allillan, chay Riwirturi, kayjina jallp'araw kasqaymanta manchayta awrichiwan. Chay juk p'unchaw, "C" kaqkunawan pukllakuchkaptin, k'usillujina pukllarawanku. Sapa ratu millay saqra sutinkuwan ch'aqwamunku: *Cabrón, Batón, Nigga, Indio chayri Animal*, ñispa. Qanimp'unchaw ch'inyarpachiyta munarqani, jinch'arpanapaqña kachkaptiytaq watiqaaq rikurpawan. Chaychu mana yawra! Chayllamanta umalliq minchhapaq mamayta waqyachin, amalla wikch'uwanikumanchu.

Tukukunña chay tantakuy. Chay umalliq ajina q'iwa kasqanta mana yuyarqanichu. Chay wawqikuna tukuy ruwawasqankuta ñipuni: "allquchawanku, thuqaykuwanku, qhichurawanku", jinapis mana uyariwanchu. Riwirtup tiyun SEDUCApi llamk'an, chanta mana kasurikunchu, ima llullawanpis llusqirpallanku. Kay umalliq ñawpa umalliqqa mana atisqanrayku llusqirpusqanta ñiwarqayku; jinapis pay mana punkunta yaykusqanta tukuy yachayku. Qhasi imatapis ñisqayku, astawanpis mamaytarraq paqtaran, pulliranta millaywan qhawaspaa: "wawaykichus kay yachaywasipi jukllatawan pantanqa chayqa, yanapanta qhichusaqku, wikch'usaqku, ñuqa kikiytaq mana mayqin yachaywasiman yaykunanta qhawasaq", ñispa chay allquqa qhapharin. Mamaychus mana waqanmanchu karqaqa, kunkanmanta q'allpiyman karqa. Jina mamayta sunquchaspa llusqinpuyku.



Kunan paqarin chay *Mochila Seguramanta* jamunku. Wasiy chay chayta purimunankutaqa, chay runa wanchinakun chay chayta, chay qhillakunaqa kayllapi icha kuchilluta, rawuta chayri kuka pituta jap'ichkasqaykuta mask'aspa kachkanku. Phiña makipis kaykumanjinata qhawawayku. Ñuqajina yana runitakunataqa ch'unchulaykukama yaqha qhawawayku. Lluqchiykuyllaña mana llusqiykuwaykuchu, mana imata taripanankupaq. Uuuta, chay yuraq qaritakunatari, ni silularnillankutapis mañankuchu, wayaqallankuta purinjina qhawarparinku.

Yachachiqkunaqa, manapis tukuyninkuchu, munakuwankuraq. As yuyayniyuqlla karini, chantachá. Samariykunapi maqanayawaptinku qhawaq titipacha sayan. Kutichikunayaptiytaq chaypipacha rikhurin. Umalliqpis qhawaykachawaspallapuni purichkan, mana rikuqman tukun. Jinapis, atichaw p'unchawtaqa manapunú awantarqkunichu. Mana uyariq ruwakuchkarqani, chayta ripararqunkun. Chantaqa astawan mana kaq simikunata ñiwaq kanku. Jinallapi chay Llanos, "mamayki millay warmi", ñiwasqanta uyarikuni. Qhawaq qhawamuchkarqa, chaypis imapis, k'ispiñakuspa jukllata saqmapuni, mana jayk'aq qunqakunanpaq.



Jekuaeño broncerä yaiko

Alejandro Enrique Numbela Rodríguez

Ikaviä kuae yemboerenda, jokoraiäko aiko irupe yave. Yavaete yemboe peguarä che, mbaeti kea mbae jei cheve. Jokope, oime teko avai yave, jaemaiko yayopi yivape; erei kuape, chepuereä amae yepe jese reta. Matirai ndive mbaetpi mbae, erei jokuae Roberto chemoambeko chejundai ramo. Koombara, royovaicho yuvangape “C” reta ndive yave, jokuae mburika ndechi jare ifeiru reta, machirami omojaa reta oiko. tmaima chemoambeko reta tee ikavi mbae ndive: Tatapii, Tirupuku, Túpac, Nigga, Ñanaigua ani Mimba. Karumbo irügue aipotama amboarakuaa yivape, akuatama jese ifapuä-puäre yave, jese katu yemboe renda iyangarekoa chepokou. Jokuae yekatu! Kuri outako aipo chesi oyemongueta mburuvicha yemoboe randa pegua ndive, yaecha chemboä paravete.

Yemboatigui roëma yave. Jokoperamo aikuaa, kuae Mburuvicha okiyerai yepe, chemiari chupe kuae reta kereiiko jeko chendive. “Ifenguru, ondivu chere reta, amope oipta oñomi mbae chegui reta”, erei katu, okiyemi Roberto ituti oparaviki yepe SEDUCApe, ombavimi yave omombo retata iparavikiagu. Jae jei oreve mbaetima oi Mburuvicha ñima, “iparaviki kaviä ramo”; erei, opaete roikua jae oike oparaviki ombori reta ramo. Erei katu, mbaeti omboete roe chupevae jare omomburu chesi, jovayuguaru reve omae jese jemimondere: “nde membi ombaviye yave, kuae yemboerendape, mbaetitama guinoi yembori, rombombota jare che etei jaeta aniarama omaeño oyemboe iru yemboerenda rupi”, ifeata jokua yaimba poyavaete. Aporepeñatako iyaseore chesi oyaeoa yave. Aikuäva jaema rojo.

Yei ndeimbove yogueru mbaeriru angarekorero reta. Oimeako ojo reta che rëta rupi, oporoyuka retaa rupi, jokua akiriya reta oremboavai guasuiño oimechako roguinoi mbae ikavimbae vae, kesirai ani aguárite. Imonda vae rami ore mbaosasa reta. Opaete che rami jundai vae retare, ore churi rupiave opovivi reta, michi oata orereikuapoë vaerä, añetete mbaetira mbae ikavimbae roguinoi vae. Osaetema! erei ipireyu vae retare, ifeembirika ave mbaeti oiporu chupe reta, mokoi arajaimi oipeka imbaeriru jare ojo sundaro pochi reta.

Erei oporomboe vae reta, michimi yepe, cheraiu paraete. Chereia pochiño ayemboe vaerä, erei joko ropiäko ojo teko. Röe roputu yave, aechai oreangarekoa omuimbae oi, kia oipota chenupa yave. Aporomuaña rupive, ayepi vaerä yave, koima oi pochi chegui. Mburuvicha yemboe pegua joko oi avaete, oikua mbae ramiño, erei arapöape chepiaguasuama. Ayepokuama aiko aroviäma vae, chekua retama jaema opaño mbae jei cheve reta, ayandui Llano pochi ifee: “ndesi jaeko koya maeineu vae”. Aikua reve oreangarekoa pochi cherecha oi vae; añoño kavi chechiva piü, ayerova chupe jare akua jese, ani vaerä ifakañi.

Traducido al guaraní por Elías Caurey Caurey

We are still bronze

Alejandro Enrique Numbela Rodríguez

This school sucks, it wasn't like that when I went to the public school. I wasn't the brightest student, but at least nobody bothered me. At least there, if you had a problem, you just had to suck it up, and now I can't even look at these guys. I like Matisito, but Roberto doesn't stop bothering me about the color of my skin. The other day, in the game against class "C", that ass and his friends kept acting as if they were monkeys. All the time they screw around with their horrible nicknames: Carbón, Batón, Túpac, Indio or Animal. The day before yesterday I was thinking about putting that idiot in his place and just when I was about to whack him, the guard arrived and saw me. How unfortunate! Now my old lady has to come and talk to the principal, I hope they won't kick me out.

We just left the meeting. I didn't know this principal was a coward, I told him everything those jerks were doing to me. "They insult me, they spit on me, they've even tried to steal from me", and nothing, he simply shrugs it off because Roberto's uncle works at SEDUCA¹, so any little joke could get him fired. He told us that the former principal was no longer there because he was "incompetent", but we all know that he got in because of the people he knows. In the end, he simply didn't care what we said and he threatened my mom, with disgust on his face looking at her pollera²: "If your son commits one more mistake in this institution, he will lose his scholarship, we will expel him and I

1 Departmental Education Service

2 Traditional indigenous skirt

will personally see to it that he can never go to any private school ever again," that dog yelled. I would've grabbed him by the neck if my mom didn't start to cry. I hugged her and we left.

The Mochila Segura³ people have come this morning. Instead of patrolling around my house, where people get killed, those slackers are here pestering to see if we have drugs, knives or alcohol. They treated us as if we were thugs. They checked all slightly dark-skinned students like me up to our guts, they might just as well have stuck their fingers up our you know what to make sure there was nothing. But they didn't even ask the white students to show their cell phones they simply opened their backpacks for two minutes and that was it, the cop was gone.

At least the teachers, even if just a little bit, like me. I'm a bit of a bootlicker, so that's not an issue. At recess, I see the guard who doesn't even blink when they want to hit me. But when I push back to defend myself, he's right on top of me. The principal is there watching, and pretends he doesn't see, lets it all slide, but on Tuesday I couldn't take it anymore. I was getting used to ignoring them, and they realized what I was doing so they started yelling increasingly stronger crap, and then I heard Llanos say, "Your mother is a stinking chola⁴." I know the guard was watching; but still, I made a fist, turned around and dealt him a blow he'll remember for the rest of his life.

3 Plan for Police controls in schools

4 Derogatory reference to indigenous woman

Traducido al inglés por Sofie Van Renterghem

Cuento ganador

Categoría B

(Versiones en idiomas nativos e inglés)

Jani uraqininaka

Alicia Camelia Hurtado Rivera

“Akana yurta, akana jiwaxa”, ukhama sasawa awkijaxa situ, ukhama jupata amtasta. Jupaxa nayjamanwa, nayaxa jupjama kipkaraki, ukhamakiwa markajanxa. Warayu sasawa sutinchapxitu, ukampisa nānakaxa Ayoréode ukapxtwa. Jupanakaxa janiwa ukxa yāqapkitti, janiwa ni uñt’aña munapkituti. Uñisipxituwa.

Jupanakaxa janiwa nānakjama isisipkitti, yaqhawjata jutata jaqinakjamapxiwa, ajanunakapaxa nānakanjama ch’iyart’ataskiwa ukampisa patata uñjatapxitu. Jupanakaxa ch’umiru mantantanipxi ukata aka uraqixa nānakankxiwa sasarakiwa sapxi, jach’a alinaka, quqanaka phat’anukuña munapxi, ukata uywanakapa anakiniña munapxi. Taykajasa, pachamamasa sintisiwa sarakiwa, ukampisa ukxa jupanakaxa janiwa yāqapkitti.

Nānakaxa, tatajampi, mamajampi, jilanakajampi wiñayawa jasarasipta. Nayraxa llijkiri isini jaqinakatwa jasarasipta, jupanakaxa nānakawa nayraqata jumanakaru jikxatapsma sapxituwa. Jaya uraqinakaruwa sarapxta ukata imantasipxta, janiwa akana jikipstanitti sasarakiwa sapxayata, ukampisa waystata uñstanjapxarakkiwa, jichha kutixa wali jach’a uraqi p’iyiri laq’unakampi, ukhamata jakaña uraqi wañantayapxi. Uka iranama jilarapxta. Jamach’inakaruwa thuqtiri uñjta, uywanaka sartiri uñjta, ukanakaxa jupanakatakixa janiwa kunākisa.

“Janiwa tamajaru mantaniña munapkitti” sasawa sapxitu, nānakaxa jupanaka mantanipxpana sapxaraktwa, nānakana sarāwija sarnaqapxaspa. Janiwa nānakjama arsuña munapkitti, janiwa nānakjama jakasiña munapkitti.

Janixaya nānakjama sarnaqaña munapchitixa, ukatpī jiwaña takhiru irpt’appachituxa sasawa saraktxa. Mā arumaxa ch’iyara jiq’iwa ch’umi uraqiruxa muyuntarakixa. Kunawsatima mistsupta ukhaxa kunamtima ch’uxñanxa ina wilaki tukuwayxi ukraki uñjapta, uywanakaxa wali jachapxanxa, ukaxa t’aqisiña uraqixpachawa sasakiwa amuytxa.

Achachilajaxa sarakinwa: aka pachanja utjiwa alaxpachampi, manqhachampi, suma jakaña, t’aqisiña jakaña sasawa uka jaqinakaxa parlxayapxitu. Mā panka ullarapixatayna, jaqixa arupampikiwa lamar quta jaltayiritayna, qalanaka t’ant’aru tukuyapxiritayna. Achachilajaxa wali parlana, mā jaqiwa suma uraqi markapataki jikxatatayna, jupanakana ukawa thakhipatayna sasa.

Maynitima suma jaqini ukhaxa suma sarnaqasinixa sasawa sapxirinxaxa, ukampisa uka ch’amaka arumawa nayaxa yatiqta, janitima munañani jaqinakaru yawsata ukhaxa janiwa suma sarkatamti.

Waystatwa sarxañaja wakisinxa. Awkijaxa janiwa ch’amanixanti, amtapa phuqhiriwa qhiparjarakinxa.

Ninawa uraqi manq’antaskanxa, uka uñjasaxa lup’irakiyatwa, mayurunxa uka suma uraqi jikxatapxatapunchixaya sasa...

Traducido al aymara por Nelson Gabriel Yapu Machicado

Mana jallp'ayuqkuna

Alicia Camelia Hurtado Rivera

“Kaypi paqarikuni, kaypi wañupusaq”, ajinata tatay ñiwaq kayku, yuyasqaymantapacha. Payqa ñuqa kikin karqa, ñuqataq pay kikin, aylluy masikunajina. Warayukuna, ñispa sutichawayku, jinapis ayoréode kayku. Mana paykunaqa yachayta munankuchu, ni riqsiyapis munawaykuchu. Millachikuwayku.

Jukjinatataq p'achallikunku, wak pachakunamanta kaspá jinanku. Ñuqaykumanta astawan yanaraw kaspapis, astawan atiyuniyupis kankumanjinaraq qhawawayku. Paykunaqa suwarakunku, muntiman yaykuranku chantataq chay jallp'akuna paykunapta kasqanta qhapariranku. Sach'akunata urmarachispa uywata uywayta yuyanku.

Aylluyqa ayqhikullaqpuni. Ñawpaqtaqa mitalwan p'achallisqa runamanta ayqhikuq kayku, chay tariwasqayku ñisqakunamanta. Ch'in pampakunata yaykupuyku, chinkanaykukama. Chaykunapi allin kachkasqaykuta yuyarqayku, mana jinachu kasqa, rikhurimullankutaq, kay kutitaq jatuchaq makinakunawan, jallp'ata thulliranku, kawsaytataq ch'akirachinku.

“Mana jukchakuwanchikchu”, ñiwayku, manataq ñuqaykup kawsayniykuta kawsariq churakunkuchu. Parlayniykuwan jinataq kawsayniykuwan injarakunku.

Chantachá kawsayniykuta tukucharanku. Juk tuta yana q'usñi sach'akunata pakaykapun. Qhawariq llusqiptiykutaq, q'umirqa pukaman kutirin,

uywakunataq manchariywan nanaymanta waqarinku. Chanta paykuna “infierno” ñinku chay umayman chamun.

Awkiymanjinaqa, paykunaqa cielomanta chanta infiernomanta jinataq bien chanta mal kaqkunamanta parlaq kanku, ñin. Juk p'anqata ñawiq kanku, ñin, maypichá runaqa simillanwan mama quchata t'aqarpaq chantapis rumita t'antaman kutichiq. Awkiyqa chay juk runa jallp'ata llaqtanpaq tarisqanmanta astawan parlaq, chay kikin kawsayniyku kasqanta yuyaspa.

Juk runachus k'acha chayqa, allin rin, chayta ñiq kanku. Jinapis atiyuniyukunata mana kasunkichu chayqa, mana allinchu risunki, chayta chay tuta yacharqani.

Tukuy ruwasqaykuta saqipuspa ayqhikullaykutaq. Tatayqa manaña kallpayuqchu rikukurqa, yuyayninta junt'achinanpaq qhipakurqa.

Ayqhisqaykumanjina nina lawray tukuy kaqta ruphasqanmanjinaq, mayk'aqllapis ñuqaykupaq jallp'a kaqta tarinaykuta tapurikuni...

Traducido al quechua por Juan Revollo Valencia

Ivi mbae reta

Alicia Camelia Hurtado Rivera

“Kuaepe a jare kuaepe amanotavi”, chemaendua jei cheve cheru vae. Jae cheogua katu jare cheagua katuvi, tètape rami, opaete joko raï reta. Guarayo orembojee reta, ereï roreko ayoreode. Oipotaä orekua jae reta. Orenoti.

Mbaeti ore rami oyemonde reta, ketigui ou echa reta, yepe teï amogue reta jundai ore rami, joko raï reve orenoti reta. Jae reta oyemboiya mbae retare, oike kaape jare oyemboiya ivire reta, oipota oiti ivira reta guiroike vaerä guaka jokope. Chesí jei, kaa reta oimeko iya, oyandu vae reta; ereï, karai reta oipotaä oikuaa jokue teko.

Cherëta reta jaeñomai oteko rai. Tenonde rosi oñiomi etei korepotipe ou vae retagui jare jei reta orevaë ndaye. Roike ñanapiteguasu rupi chugui reta, jokope romokañi, kuaepe mbaetitama ñande moambeko reta roe, ereï orevaëye reta, makina guasu reta ndivema ou reta, opa guireko rai ivi jare guirokomëgua teko reta. Jokuae teko reta ndive rokuakua paravete. Aecha kereiiko guira paravete reta oyemboe oveve jare guasu reta oguata; ereï, jokuae teko reta mbaeti omopiangué.

“Mbaeti oyia orendive reta”, jei orere; ereï katu, mbaeti etei oyemoambeko reta oikuaa vaerä ore ñee. Guiroandeko kerei royemongueta vae jare kereiiko roiko vae.

Aroviako, oikuaä orereko reta ramo, omotarëi reta oikuaä vae, jaeramo omboarapa. Mopeti piare, tatati yavaete vae, asoya rami oyasoï kaa. Roë yave, jovi vae pitayee oi, mimba paravete reta maïa jäse, ajama chemaendua jae reta ombojee “tataguasu vae”.

Cheramii imiarise cheve, oipota oipoepi reta yave, jei reta chupe oime ivi maraëi vae, oime teko kavi vae jare ikaviä vae. Tupapire omongueta reta vaepe jei, oime ndaye mbia iñee ndiveño i ombosiri jare ita reta guiyaperä oyapo vae.

Cheramii omboikuereñui oreve, jokuae mbia ovaë ivi maraëi jëtara reta peguarä vae, jae guirovia jokuae jae tape ikavi vae.

Ñandereko kavi yave, mbaeti kerei yasa, jokoraï jei karai reta; ereï, jokuae pitu, aikuaa mbae ikavi mbae oasa ñandevera yave, jaeko mbaeti yarovia ani yamboete karai reta imbaepuere.

Roeyayeko ore rëta paravete jare jekuae rosiye. Cheru paravete mbaetima ipiräta, jaeramo opita omboete vaerä iñee.

Tata yavaete jendi kaa rupi, opaetei mbae-mbae reta oapi guiraja jape rupi, chepiape ayemongueta aja, guiramou oimetara ñavaë jokuae ivi maraëipe...



Traducido al guaraní por Elías Caurey Caurey

The landless

Alicia Camelia Hurtado Rivera

“I was born here and this is where I will die,” my father told me for as long as I can remember. He was identical to me and I to him like everyone in my community. They call us Guarayos, but we are Ayoreo. They don’t care to know or learn who we are. They despise us.

They dress differently from us, they look like they are from another planet, no matter if their skin is darker or lighter than ours, they still look down on us. They grab, enter the forests, and proclaim this land belongs to them. They want to cut down the trees and bring in cattle. My mother says that nature feels things, but they never understand.

My family has always had to flee. First, we fled from those who came wrapped in metal saying that they had discovered us. We fled to the plains and we lost them, we thought we were safe, but they came back, this time with giant machines that drilled the earth and dried up life. We

had to grow around it. I saw the birds learn to fly, the brocket deer walk for the first time, but that is of no value to them.

“They don’t want to integrate,” they tell us, but no one takes the time to learn our culture. They resent our accent and our way of living.

I suppose that’s why they did it, because they hate what they don’t know, so they decided to end it. One night there was a thick smoke that surrounded the whole forest. When we left, the green was painted red, the animals howled in pain, and I remembered what they call hell.

My grandfather said that when they tried to change him, they told him about heaven and hell, good and evil. They read him a book that spoke of men who parted the sea with their words and turned stones into bread. The story my grandfather repeated the most was that of the man who found a land for his people, because he believed that was our destiny.

If you are good, good things will happen to you, they said, but that night I knew that bad things happen to you if you do not obey those in power.

We had to leave everything behind and flee again. My father did not have the strength, so he stayed behind to keep his promise.

And as the flames consumed everything in our path, I wondered if we would ever find our promised land...

Traducido al inglés por Sofie Van Renterghem

Cuento ganador

Categoría C

(Versiones en idiomas nativos e inglés)

Itagué Dosape, Ayoré

Oriana de Alencar Villarroel

Itagué Dosapexa, mä uruxa wali qarita thakhinjama sarantaskanxa, ukata mä Garabatá, alimpirakiwa jikxatasitayna. Jupaxa ch'umi manqharu waljtäta uywanaka chikt'atawa sariri ukampisa kürmina uñjkata sarnaqiri. Uka ali apsuña amti, markaparu apasiñataki. Ch'umina jakasiri uywanakawa wali yanapapxi, dajudie irama jatjasa. Ukch'añkamaxa, uka alixa juk'ampi jiltarakinxaxa, saphipaxa juk'ampi lunqhurakiwa tukuwayjanxa. Ukata, p'iqi jat'irasisawa jiskt'asirakinxa, kunawsaxpachansa ukhama jach'a mata apspachanxa. Laphinakapaxa walja wayuqanaka lurañatakiniwa. Paquíompi, janukasti ajuano, q'illu saphinpiwa phalanakapa juñirpayani. Jupaxa qapuña, juñiraña yatxanwa, jichhaxa wayuqanaka luraña yatiqaskanxa. Jupaxa q'axu tawaqu wawäxanwa.

Jach'atxa janiwa “bárbara” ukhamaxaspati, cojñone wawanakaxa ukhama sutinchapxanxa kunawsatima iglesia punkuna kunaymani yänaka aljasiri uñjapjana ukhaxa. Markana utani, wali manq't'asiri, uraqipanxa wali achunakaxa achurani, taqpacha uywanakapataki sasawa sapxanxa.

Má kutixa, mä jaqiwa “marginal” sasa satayna, niyapuniwa jisk'a k'añaskumpi liwt'atayna. Uka aruxa janiwa walikpachati, kuna saña munchi, sasarakawa lup'itayna. Yanqha arupachawa, wali llakitayna. Uka uruxa wali phiñasitayna, mä achu k'achachaskana ukxa jaqtataynawa. “Marginal” uka aruxa p'iqipana muyuna. Wali ch'amampixaya uka arxa arsupchixa, yanqha arupunipachawa, kunjamatixa anujaru wali thithita parlxayta ukata jupaxa p'iqi alinti

ukhama kipkxaya uka aru arschixa sasawa lup'inxa. Ukampisa jupaxa janiwa imantasi sasa siskiti, janiwa p'iqi alintkatti sasarakawa sanxa. Kunawsatima uka jaqita amtaskana ukhaxa mä quqa alimpi jawq'suña munarakinxa.

Jayp'üxanwa, tunqu apthapiña tukuyjarakinwa. Uka ali wayuqaparu utaparu apasiñatakiwa uskuraki. Uywanakaxa wali k'uchikiwa jupa thiyana payinaqapxi, purakanakapasa phuqt'atachixaya. Uka uruxa kunaymani yänakraki apthapisinxaxa: jiwa sanini phuyunaka, saphinaka, achunaka ,yaqhipa achunakaxa wayuqapata jalartapxanxa, inacha mayuruna jach'a aliptapxirista sasina.

Markaru sarkasaxa, yaqha wawanakampiwa jikxatasi, jupanakaxa jawirana anatasipkatayna, khuriwjanxa warminakaxa utebetai, ukhamaraki peyé jupanakana chimpunakapa sawusipkatayna, chachanakaxa wali lart'asisawa manq'a katuniñataki wakichasisipkatayna. Jupaxa janiwa “marginal” ukhamakantixa, kuna saña munchi uka aruxa. Taqpachani jupanakaxa chacha warmi ukhamapxanwa, ayoré ukapxanwa.

Traducido aymara por Nelson Gabriel Yapu Machicado



Itagué Dosape, Ayoré

Oriana de Alencar Villarroel

Itagué Dosape juk kuti chay chhika purisqanpi juk *garabatá* sutichasqa sach'ata tarirqa. Muntiman yaykuspapa achkha uywakunawan chantapis k'uychip qhawayninpi puriq. Chay sach'ata jurqhuspa wasinman apananpaq jallp'ata jasp'iyta qallarirqa. Phutiy ñawi khirkinchukuna chantapis *oso hormiguero* sitichasqa kaqpis yarqhaywan *dajudiep* muyuyninta jasp'ispa yanaparqanku. Jasp'isqankumanjinataq chay sach'aqa astawan wiñarqa, saphintaq astawan ukhuman yaykurqa. Umanta raskharikuspataq mayk'aqchus ajina chhikan sach'ata jurqhusqanta tapurikurqa. Laqhikunanqa achkha wayaqakunata ruwanapaq allin kanan karqa. Q'aytutaqa *ajunao* qarawan chayri q'ullu saphikunawan tiñinanku karqa. Payqa phuchkayta chanta k'antiytaqa yachasqaña, kunanqa wayaqakunata awayta yachakuchkarqa. Sipasaña kachkarqa.

Astawan jatunyaspañaqa manaña ajina k'uchichu kanqa, inlisha punkupi wallqhakunanta ranqhaykachaptin *cojñone* wawakuna ñiq kanku jina. Llaqtapichá wasiyuq kanqa, achkhatachá mikhunqa, chantapis jallp'anpipchá uywakunanpaq achkhata puquchinqa.

Jukkutijukruna mutusilitanwanyaqhatiqirpaspa "*marginal*" ñispaqhaparirpasqa. Chay simi millay simi kasqanta sunqun ñisqa. Chay p'unchawqa sinch'i phiña kachkarqa, jinapi juk kalasuta p'akispa tukucharqa. Chay "*marginal*" similla umanpi qhaparikuchkarqa. Sinch'i phiñapunitaq chay runaqa qhapisqa, pay phiñarisa allqunta k'umuykuchin jinatapuni. Chaywanpis payqa mana k'umuykukusqachu nitaq pakakusqachu. Sapa kuti chay runata yuyarispaqa ch'aprawan k'upayta yuyan chaylla.

Sara jallmay tukunapaqqa ñapis ch'isiyaykuchkarqaña. Chay *garabatá* sach'ata q'ipiriykukurqa. Khirkinchukunataq kusiona paywan khuska puririrqanku, *oso hormiguero* kaqkunapis sumaq saqsasqa riysikuchkarqanku. Chay p'unchaw tantasqankutapis apallarqankutaq: imaymana llimp'i phurukunata, saphikunata chantapis mujukunata ima, t'akakusqankumanjinataq llusqiramunankupaq.

Llaqtaman richkaspataq mayupi wak wawakuna challwaqkunawan tinkurqa, astawan ñawpaqpitaq mamakuna *utebetai* chanta *peyé* kaqkunapi pallaykunayuqta awaqkunawan tinkurqa, qhari runakunataq uywakunata wach'inankupaq wach'ikunata ajilarinjina kusiona asirikuspa ima puririchkarqanku. Payqa mana *marginalchu* karqa, imapis ñinayachun. Tukuyninku runa karqanku, ayoré karqanku.

Traducido quechua por Juan Revollo Valencia

Itagué Dosape, Ayoré

Oriana de Alencar Villarroel

Iguataa rupi, Itagué Dosape ovaë metei garabatá tuichaguasu vae. Ñanape oike yave, mimba reta omoiruñui jare oguatase yî iyike rupi. Omboipi oyoo oeki vaerä garabatá guiraja vaerä jëta kotî. Tatu reta ipiatitî reve jare tamî reta iyimbai reve omborî reta oyoo ivî dajudie iyike rupi. Ereï katu, oyoetema guiraja reta yave, oyembotuicha ojo ivîra jare japo kipe. Oñeäka karî reve jei, kerei yavepa avaë korai tuicha mbate vae. Joki reta oipititako mbovi mbokò peguarä. Nimbo amoeñitako pakio ndive aniramo ajunao ipire ndive jare japo iyu vae ndive. Jae oikuama omoñei inimbo jare oipoka ipire, añave oyemboe oiko oipöva vaerä mbokó. Kuñatai etema oiko.

Kuri, tuicha katuma yave, ani vaeräma “ñanaigua”, karai reta jei rami chupe, Tüpao jökepe oecha reta ipoi omaemee oi yave. Oimetako guinoi jëta karai rëtape, okaru kavitako jare jokape oimeta guinoi jeta temitî reta imimba reta peguarä.

Metei ara, mopeti mbia oeni “tëtaike pegua” añete seri oitî oeya itakarära ndive yave. Oendu etei ipiape jokuae ñee pochi vae, yepetei oikuaä mbaeko oipota jei vae. Jokuae ara pochiyeye, pochiague vae, opa oyoka guandaka pire omopöra oiko vae. Jokuae ñee “tëtaike pegua” oipotaä oë iñäkagui. Pochi ete reve osapukai chupe jokuae mbia, ipuereko



ñee pochi vae, jae iñee omoese yaimba retape pochi oiko yave, jae reta iñakatîndi jare oñomi-ñomi iñapua paravete reta. Imaendua ñavo jokuae mbiare, oipotaecha oikutu ñana yuu ndive.

Ojoma karu opa oyoo garaba japo yave. Ombosagiü oekpigüe vae gupiraja vaerä jëta kotî. Tatu reta oyerovia iyike rupi omoïru, jokoraiñovi tamî reta jivätama okaruague reta. Jokoraiñovi, guiraja omonoague jokuae ara vae: guira reta jaa ipara vae, ivirarapo jare temitî oitî ojo tape rupi vae kuri jeñi vaerä jare tuichaguasurä.

Tëta kotî ojo oiko yave, oñoavaë ïru michia reta ndive opindapo oi iäpe vae, kutî katumi kuña reta ombapo oi jare oaiña mbae iä reta jëtape oime vae utebetaipe jare peyépe; mbia reta oyerovia reve oyupavo, omoaimbe uü oi ojo vaerä uguata. Jae mbaeti yepe “tëtaike pegua”, yepetei mbae ndipo oipota jei vae. Jae reta ñandeva ete yepe, ayoré yepe.

Traducido al guaraní por Elías Caurey Caurey



Itagué Dosape, Ayoré

Oriana de Alencar Villarroel

On one of her long walks, Itagué Dosape came across a large *garabatá*¹ plant. Whenever she went into the wild, she was accompanied by several animals and walked under the rainbow. She started digging up the plant to take it back to her community. Sad-eyed armadillos and hungry anteaters helped her dig the earth around the *dajudie*² plant. Meanwhile, the plant was getting bigger and bigger and its roots deeper and deeper. She asked herself, scratching her head, when was the last time she harvested such a large shrub. Its leaves could make several bags. She would dye the fiber with paquíó or with ajunao peel and yellow root. She already knew how to spin and twist the fiber, and now she was learning how to weave the bags. She was a big girl now.

When she grew up, she would no longer be a “barbarian”, as the white children call her when they see her at the door of the church selling her necklaces. She would have a house in the town, eat a lot and have plenty of fruit on her land for her animals.

Once, a man had yelled “marginal” at her when he almost ran her over with his motorcycle. She felt that was an ugly word, although she didn’t quite know what it meant. That day she got so angry that she ended up breaking a small pumpkin she was decorating. The word “marginal” kept ringing in her head. He had said it with such anger that surely it was an

¹ Typical plant from the South American Chaco region used by the Ayoreo communities to make handicrafts.

² Alternative name for the *garabatá* plant.

insult, like when she would tell off her dog and it would hide and put its paw over its nose. But she wasn’t going to duck or hide. Just that every time she remembered that man, she felt like slapping him with a branch.

It was already late afternoon when she finished digging up the root. She hung the plant on her backpack to take it home. The armadillos marched happily beside her, together with the anteaters who had filled their bellies with abundant food. They also carried what they had collected that day: colorful feathers, roots and seeds that were falling out of the bag, with the hope to grow into big trees.

On the way back to the village, she saw the other children fishing in the river, further beyond the women weaving the symbols of their culture on the *utebetai* and *peyé*³, while the happy and smiling men prepared for the hunt, carving their arrows. She was not “marginal”, whatever that meant. They were all people, they were Ayoreo.

³ Traditional handmade bags for men (*utebetai*) and for women (*peyé*).

Traducido al inglés por Sofie Van Renterghem





BANCO MUNDIAL
BIRF • AIF | GRUPO BANCO MUNDIAL